



PAUL MEDRANO

BALADA DE TESTA FERRO

Prólogo de Jessy Bulbo

Marwin

T
S
TINTA
SONORA

CULTURA
MAYAGÜEZ, PUERTO RICO



Balada de Testaferro

PAUL MEDRANO

Balada de Testaferro

Para

V

F A

santísima trinidad de coquitos de agua.

Prólogo

Balada de Testaferro es como una pintura donde los trazos roban protagonismo al tema. Así es la pluma de Paul Medrano, quien recrea listas alegres e imágenes alegóricas.

Sucede a veces que te te expones a una obra únicamente como espectador, pero en afortunados casos la pieza toca tu imaginación y cuando intentas continuar con tu vida parece que no lo hiciste: tu voz o cámara interna se queda hablando en el tono del libro, enfocando o musicalizando como si continuaras en la película. Incluso, en felices ocasiones, saltas constantemente a tomar nota o escribir una idea. Te trepas al riel de la creatividad y lo cabalgas por un rato.

Balada de Testaferro es ese tipo de libro. Como si su pluma fuera una varita mágica, el autor despierta al mundo. Las bebidas, los lugares, los eventos triviales son sus personajes.

Mientras lees las aventuras del conjunto musical Los Testaferros, su entorno se siente vivo. En él, Rigo Tovar es un mago místico que camina sobre el agua y multiplica el néctar de coco al estilo Jesucristo. También surge Ref, tecladista de la banda, que parece que vendió su alma al diablo a cambio de música, como Robert Johnson.

La historia de cada uno de los integrantes de Los Testaferros parte desde las esquinas del mundo, con el punto claro en busca de nuevas canciones —lo que podría asemejarse a las noches de Scheherezade—.

Todos estos milagritos se le cuelgan al árbol de la balada, cuyo ritmo permite contar la historia de Los Testaferros, un conjunto musical que desborda talento pero que no goza del éxito merecido. No es extraño que en la mesa de una cantina se geste una banda de rock, pero tal vez sí parezca extraño que emerja un conjunto baladista como Los Testaferros, quienes —me parece— hacen una balada que será pariente de la cumbia.

Es prácticamente un hecho que todo latinoamericano comprende que lo tropical, la balada y el rock son amantes asiduos. Así, la génesis de Los Testaferros se parece más la historia de una banda de rock: un grupo de vagos influidos por el resplandor de una gran estrella de la música popular, que se reúnen para la composición y cada uno adquiere la responsabilidad de aportar una idea para cada canción.

La búsqueda de inspiración propicia la expansión del universo, que primero parecía estar conformado por la cantina El Purgatorio y el departamento del narrador. Cuando los integrantes se lanzan a la vida, brotan micro planetas nuevos. Los baladistas regresan con éxito, cada uno con una muy buena idea.

Querido lector, si la suerte está de tu lado, durante las siguientes cuartillas te llenarás de inspiración, pondrás el separador y empezarás a hacer una lista feliz, como los árboles de Bob Ross, cocinarás un ceviche o escribirás la letra de una canción estu-penda, digna de un Grammy. Disfruta el viaje y ¡Felices trazos!

Jessy Bulbo

Índice

Balada de Testaferro.....13

Historias de El Purgatorio

Crayola.....75

Nieve de mango.....89

La venida del fin del mundo.....99

Balada de Testaferro

Balada.

Del provenzal *balada*, y éste del latín *ballare*, bailar.

1. (s. f.) Composición poética de variadas formas, tema lírico y carácter melancólico, en la que por lo común se narran sucesos legendarios, tradicionales o románticos.
2. (s. f.) Composición musical o canción de ritmo suave y carácter romántico.

* * *

No era del polvoriento Zacatecas. Ni de la fresona Puebla. Ni del cabreado Monterrey. Ni del arcaico Guanajuato. Ni de la agringada Reynosa. Ni del infernal Mexicali. Ni de la nebulosa Xalapa. Ni del pazguato Querétaro. Ni de la húmeda Villahermosa. Ni del insípido Apizaco. Ni del pedregoso Taxco.

No. No era de ahí.

Tampoco era de Pachuca, ni de Celaya, ni de Salamanca, ni de Tamazunchale, ni de Coatzacoalcos, ni de Durango, ni de Morelia, ni de Campeche.

No era de ahí. Y de haber sido de alguno de esos lugares, no habría sido relevante.

Lo importante es que llegó a El Purgatorio una tarde en que las garzas de pico morado comienzan a llegar a estas tierras para huir de los perros pastores que las confunden con lobos árticos. Esos canes, obsesionados con acabar con todo aquello que moleste a las ovejas, confunden a las aves con depredadores. Mas los perros no saben que los lobos, en esa época, se encuentran muy ocupados en los menesteres propios de la preservación de su especie. De modo que los perros pastores atacan a las garzas y por eso

las aves prefieren volar siete mil kilómetros al sur hasta llegar a las tierras del desodorante y agua de coco.

Como teníamos varios meses sin verlo en El Purgatorio, lo saludamos con el mismo ánimo con el que los lobos árticos abordan a las lobas. Cuando terminó el medio siglo de saluciones, me di cuenta que cargaba una bolsa del supermercado.

—¿Qué llevas ahí?— Le pregunté, curioso.

—Es una sorpresa.— Respondió.

La última vez que escuché la palabra “sorpresa” me fue muy mal. Caminaba por unas calles del centro, con varios litros de ron en mi cañería sanguínea, cuando encontré a una mujer. Me pidió un cigarro y, como pude, lo saqué del pantalón. En sus manos tenía un encendedor amarillo con letras rojas. Lo encendió y sacó una larga bocanada de humo como las que suele emitir el Kílauea. Gracias, dije, como para recordarle que me debía al menos 5 minutos de agradecimiento. Te voy a dar una sorpresa, respondió. Y al instante sentí que un F-16 me rebanaba el cráneo. Cuando desperté, estaba molido a golpes, sin zapatos, sin cartera, pero con una resaca digna del récord Guinness.

Y ahora este hombre esperaba que mi entusiasmo se elevara con una sorpresa guardada en una bolsa de supermercado. No. En la vida real las cosas no funcionan así. La vicuña no es nerviosa por una sobredosis de metanfetas; la ardilla no es hiperactiva porque quiera llamar la atención. No. Ambas especies evolucionaron a punta de sorpresas desagradables, hasta llegar al punto de vivir con los nervios al límite. Sólo así sobrevivieron a los colmillos de sus depredadores. Y sólo así he sobrevivido a las sorpresas.

Casi al final de la noche, luego de varios litros de whisco, abrió la bolsa y sacó su contenido. Eran varios libros envueltos como tacos para llevar. Tomó uno de los ejemplares y me lo dio.

—Este es para ti—, dijo, mientras repartía los libros como los panes de la última cena.

Tomé el regalo y vi el título: *Parábola de la desdicha*. No recuerdo el autor. Pero esa noche, luego de tanto whisco; de asimilar una

buena sorpresa; de observar a las garzas de pico morado; esa noche alguien robó mi libro. Al día siguiente, al despertar con una cruda diabólica, recordé el regalo extraviado. De puro coraje me puse a leer el diccionario. Pero antes, desperté a la mujer que había dormido conmigo y le di sus buenos días debajo de las sábanas.

* * *

El Purgatorio era una cantina con una tradición olímpica. Ubicada cerca del centro, su músculo eran las bebidas mezcladas con agua de coco: whisco (hielo, whisky y agua de coco), ronco (hielo, ron y agua de coco), vodco (hielo, vodka, agua de coco, un poco de limón y sal) y el martinico (martini con agua de coco).

Por si eso no fuera suficiente, El Purgatorio era de las pocas cantinas de México que servían las cervezas Parna y Zanca. La Parna es una cerveza clara de sabor tropical, consistencia ligera y cuerpo noble. En cambio la Zanca, mi preferida, es oscura, de sabor imponente, inolvidable. Si alguna vez viajan al sureste, no pierdan la oportunidad de buscar estas cervezas artesanales.

El dueño de El Purgatorio era un médico jubilado de la medicina, pero no del alcohol, que se llamaba Felipe. Una noche en que la humedad llegaba a niveles radioactivos me puse a beber hileras de whisco formados en la gran barra de El Purgatorio. Felipe me contó que el nombre de El Purgatorio lo había retomado de una cantina cubana llamada La Divina Comedia, la cual estaba dividida en tres zonas: el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso. A Felipe lo cautivó de tal forma el ambiente que se vivía en El Purgatorio,

que lo incitó a abrir su propia cantina. También me contó que existía un libro llamado *La Divina Comedia*, dividido en Infierno, Purgatorio y Paraíso. Además, dijo Felipe, el nombre de Purgatorio también tenía que ver con el giro del lugar, ya que ahí se servían purgas para el espíritu.

El Purgatorio era amplio y agradable. Paredes de adobe y techo de madera. Sus cuatro ventiladores de techo amainaban el calor de la ciudad. No tenía lujos, pero sí una apariencia ladina que apantallaba hasta los clientes más chocantes. Además, a través de sus ventanas llegaba el olor a brisa marina y a mariscos, porque junto a la cantina había pequeñas marisquerías que ofrecían todo tipo de animales recién deportados del mar. Los olores eran trampas con filosas tenazas. Para que llegaran las víctimas sólo era cuestión de esperar la marcha del minuterero.

Lo del agua de coco como concepto se debía a que, según Felipe, la composición de esa bebida era parecida a la sangre humana. Dijo que, según la literatura médica, durante la Segunda Guerra Mundial, cuando en los frentes de batalla escaseaba el suero intravenoso, los médicos usaban agua de coco en los equipos de venoclisis.

Para que el agua esté en su punto, debe provenir de un coco de cuchara; es decir, un coco de pulpa gelatinosa que puede desprenderse con una cuchara sopera. Si la consistencia es como de esperma, entonces el coco es de media cuchara y su agua será un tanto insípida. En cambio, si la carne es sólida y crocante, es porque el coco ya está maduro y el líquido que contenga tendrá un sabor fuerte, como tuba rebajada. El coco de cuchara está en un punto medio entre verde y maduro. Eso se ve reflejado en el sabor de su agua: ni dulce como jalea, ni simple como biznaga. Tiene el toque exacto de pureza y de sabor a palma.

Según Felipe, el alcohol mezclado con agua de coco deja menos resaca. Incluso si se toma en exceso. Yo no lo sé, ni me importa. Lo que me gusta del agua de coco es que le da un sabor edulcorado a mi semen. Eso lo han dicho mis amantes, quienes se lo han bebido como vino de consagrar.

* * *

Los Testaferros se formaron por la misma razón que lo hicieron Los Beatles, Los Ramones, Los Beach Boys, los Vox Dei, los Pink Floyd, los Highway Robbery, los Far Out, Los Dug Dugs, Los Ángeles Negros, Los Bárbaros, Los Héroes del Silencio, los Bronco, Los Corraleros de Majagual, Los Yonics, Los Bukis, Los Secretos o Los Piratas. Ese motivo fue que buscábamos unos dólares a cambio de diversión.

Porque si Brian Wilson se hubiese licenciado como ingeniero industrial; Germán de la Fuente, como médico, y Enrique Urquijo, como programador de computadoras, no habrían sido orillados a formar una banda.

Así pasó con nosotros.

Luego de la depresión por el libro robado, además de coger con cuanta mujer quise, me puse a coleccionar engranes de todo tipo. Los encontraba grandes y chicos. Caminaba todo el día por los talleres mecánicos, por los depósitos de basura, por las refaccionarias automotrices, por las carpinterías, por las fábricas. Cogía mucho y comía poco. Me alejé de El Purgatorio y de mi palomilla. Lo único que me importaba era juntar engranes y sumergir mi pito en jugosas vaginas.

Reuní muchos engranes: rectos, helicoidales, cónicos, cilíndricos, hipoides, glóbicos, de cremallera, intermedios, de piñón, de polea, estriados y muchos más. Cogí con güeras, morenas, pálidas, flacas, gordas, altas, chaparras, greñudas, pelonas, nalgonas, escuálidas, bonitas, tetonas, frías, ninfómanas, pudorosas, liberales. Mi pequeño departamento se llenó de piezas de todo tipo. Cuando me saturaba de mujeres, salía a buscar engranes.

Me gustaba colocarlos uno junto a otro. Cinco, diez, veinte engranes sobre el piso. Luego admiraba cómo con tan sólo mover uno, el movimiento contagiaba a los demás.

Una tarde que limpiaba un par de engranes piramidales, la mujer que se bañaba al fondo de mi departamento tarareó una canción. Sólo recuerdo una parte que decía: “porque tú y los testafellos”. Me puse de pie, junté todos los engranes y los tiré a la basura. Le dije a la mujer que cerrara al salir. Me fui directo a El Purgatorio donde la palomilla me recibió con una ovación taurina.

—Vamos a formar una banda. Nos llamaremos Los Testafellos.

Y esa noche bebimos litros y litros de agua de coco mezclada con todo tipo de licores. Esa noche se fue la luz durante 42 minutos y medio. Esa noche cogí con una de las meseras en el baño de las mujeres. Esa noche no hubo luna, ni lluvia. Esa noche Felipe nos invitó dos rondas de almeja reina. Esa noche nacieron Los Testafellos, del mismo modo en que nacieron Los Beatles, Los Ramones, Los Beach Boys, los Vox Dei, los Pink Floyd, los Highway Robbery, los Far Out, Los Dug Dugs, Los Ángeles Negros, Los Bárbaros, Los Héroes del Silencio, los Bronco, Los Corraleros de Majagual, Los Yonics, Los Bukis, Los Secretos o Los Piratas.

* * *

Dejé mi esperma en la mano de Felicia. En el cuello de Graciela. En el pelo de Candy. En el culo de Rosa. En la vagina de Andrea. En la boca de Talina. En el cachete de Daisy. En la espalda de Índira. En los tenis de Ofelia. En la falda de Lorine. En el auto de Jenny. En la mochila de Sonia. En la almohada de Gina. En los pies de Hortencia. Dejé mi semen en la cama de Estela. En el rostro de Monet. En un libro de Sara. En el ombligo de Nadine. En las tetas de Guadalupe. En la cocina de Lizzet. En el jardín de Aidée. En el sillón de Xochiquetzalli. En la tina de Monserrat. En la alfombra de Julia. En la nuca de Patricia. En las piernas de Eva. En el baño de Perséfone. En el cubículo de Leticia. En el hombro de Elena. En el abrigo de Carla. En la terraza de Alejandra. En el pañuelo de Betzaida. En las orejas de Norma. En las nalgas de Eugenia.

Mi verdadera huella en el mundo es el rastro de esperma que he dejado por todos lados. Lo he regado como agua bendita por aquí y por allá. Soy una máquina tirasemen. Una metralleta de esperma.

A pesar de eso, Teresa se me negaba como atmósfera a la Luna. Ella era parte de la palomilla que se reunía en El Purgatorio.

Escribía poemas y pintaba cosas que jamás entendí, pero que siempre dije que me gustaban. Teresa era propietaria de un rostro de quinceañera, cuerpo de secretaria ejecutiva y humor de oso de peluche.

Su familia, al igual que muchas en este puerto, se había establecido hace años. Su padre era zapatero, pero con el tiempo, en su pequeño taller comenzó a elaborar huaraches de cuero que los turistas compraban para ventilar sus pálidos pies. Los años hicieron el resto para que la familia de Teresa ingresara a las filas de la burguesía.

Gracias a eso, fue que el padre de Teresa nos ayudó a comprar nuestro primer equipo: guitarra, bajo, batería y teclado. Propuso financiar los instrumentos y ofreció que le pagáramos a medida que obtuviéramos ganancias. La propuesta me pareció tan buena como el agua de coco.

Aunque Teresa había dado señas de que yo le gustaba, por más que le sugería la unión de su sexo con el mío, o no entendía mis indirectas o las ignoraba.

Teresa estudiaba en la Universidad una carrera sin futuro. Yo creo que lo sabía, por eso prefería pasar casi todo el tiempo en El Purgatorio.

Nosotros tampoco éramos buenos estudiantes, pero una voz espectral desde el subconsciente nos aseguró que un grupo traería dinero. Éramos, en ese entonces, una runfla de pelantrines en busca de emociones.

La idea de formar un grupo era igual de compleja a la teoría del todo, a la nucleosíntesis primordial y el origen de la palmera de coco. Cuando formamos Los Testaferros, mi semen estaba en todas partes, menos en la vagina de Teresa.

* * *

La noche del primer ensayo me dejó tan cansado como aquel jinete que ha cabalgado por el Parque Nacional de las Secuoyas. Me sentía con los músculos fundidos y el ánimo desbocado. Aun así, cogí con mi vecina en el pasillo del edificio. La puse contra la pared y logré estocarla de un tirón. No duramos ni tres minutos. Luego me fui a mi depa. Ya en la cama, no lograba pescar el sueño.

Mil ideas iban y venían a mi mente como los pichones de una catedral que van y vienen, comen un poco de lo que les deja la gente para luego ir a cagar a las fachadas. Después sobrevuelan otro tanto y bajan a comer de nuevo. Lo que sigue, como ya dije, es cagar. El ciclo se repite hasta que oscurece porque, hasta donde sé, los pichones no vuelan durante la noche. No obstante, su aparato tiramierda no descansa. Cagan y cagan durante toda la noche sobre las fachadas de las catedrales. Por eso alguien ideó un rescate para las catedrales, cuando lo que se necesita es rescatar a todos los pichones.

Mi mayor preocupación era cómo decirles a los otros testaferreros que necesitábamos canciones. Porque si pensábamos obtener unos dólares, no los íbamos a conseguir con buena voz o un sim-

pático atuendo. Es imperativo tener buenas canciones. Y si no me creen, ahí están Los Stones, unos tipos zarrapastrosos y feos que con un puñado de canciones conquistaron al mundo.

El problema con Los Testaferros es que querían tocar covers. Y el cover es tan peligroso como llenar de hidrógeno el tanque de un transbordador espacial. El cover te da confianza, te hace ver bien (conozco grupos cuyos covers suenan mejor que la versión original) y te da plata. Pero con el tiempo inutiliza tu ingenio musical. Ya no puedes ver más allá de esa cortina de covers. Y si caes en esas redes, perderás mucho tiempo y no escribirás canciones propias.

Yo no quería que Los Testaferros perdieran sus mejores años en covers. Tenía que buscar la forma de decirles todo esto sin quebrarles los totopos de su corazón.

Otra cosa muy distinta era la manera en que ensayábamos. Todo fue muy fácil. Parecía que llevábamos años juntos. Éramos un sólo ritmo. Compases naturales y redobles legítimos. No hubo nada falso, ni bastardo. No dije nada a los demás, pero me imaginé al grupo en la cima de la fama. Teníamos un puma detrás de la batería, unas manos de terciopelo en el teclado, una trampa de leones en el bajo y un látigo en la voz del vocalista.

Yo toqué la guitarra como hace mucho no lo hacía. Todo me salió bien. De mi ampli salieron furiosas burbujas. Como cocos que se avientan desde arriba de la palmera. Al final del ensayo fumamos yerba y cada quien se fue a descansar, aunque yo pasé a darle una repasada a mi vecina.

Ya en mi departamento, pensaba y pensaba. Tenía una hilera de pensamientos que esperaban su turno. Entonces, me vino a la mente un coro para una canción:

“Mi voz también puede abrazarte /mi voz también puede abrazarte.”¹

La marisquería La Corte de Neptuno está a la izquierda de El Purgatorio. Es un espacio pequeño de mesas triangulares. Hay plantas por todos lados y la música siempre sale de las impresionantes bocinas Mordaunt-Short. Afiches de todo tipo cuelgan en la pared. Al fondo se pueden ver fogones de leña de encino donde se cuecen los guisos. Aquí los buenos modales fueron exiliados y la alta cocina tiene prohibida la entrada. La comida se prepara en su forma más primitiva. Sin medallas, ni banderas.

Una de sus cartas fuertes es el cebiche. De los mejores del mundo. Recordemos que el cebiche es el *bing bang* de la comida marina. Todo parte de ahí. Si van a un restaurante y éste es fatal, todo será fatal. El cebiche son los ojos de una marisquería. Para que resulte cósmico, debe hacerse con un buen pescado y el mejor pescado es el de mar. Las carpas son de carne flácida, mientras que las truchas tienen una consistencia endeble. Nunca coman las truchas. Ese es mi consejo. Cero trucha.

Un buen pescado para cebiche es el dorado. De carne firme, blanca y sabor oceánico, es como arrachera marina. Firme y jugoso. Pertenece a la especie *Coryphaena hippurus* y es un pez de la

familia corifaénidos o peces-delfín que vive en todos los océanos del tercer planeta, en aguas tanto tropicales como subtropicales. Tiene la cabeza y el cuerpo comprimidos lateralmente y una única aleta dorsal que le recorre todo el lomo. En los machos adultos la frente es empinada y alta. No presentan espinas en ninguna aleta. Pueden llegar a medir hasta metro y medio de longitud.

Aquí su ficha:

Clasificación científica	
Reino:	Animalia
Filo:	Chordata
Clase:	Actinopterygii
Subclase:	Neopterygii
Infraclasse:	Teleostei
Superorden:	Acanthopterygii
Orden:	Perciformes
Suborden:	Percoidei
Familia:	Coryphaenidae
Género:	Coryphaena Linnaeus, 1758

Tal vez la clasificación científica les parezca una broma, pero no es así. Alrededor del mundo existen decenas de peces a los que se les conoce como dorado (incluso, algunas mujeres me han dicho que tengo un “dorado” en la entrepierna) y no quiero que alguno de ustedes se intoxique con un cebiche de algún *Pterois antennata* que de cariño le llamen “dorado”.

Otros peces de carne soberbia para el cebiche son el medregal (*Seriola fasciata*) y el atún (*Thunnus*). Yo tengo la receta del cebiche que se prepara en la marisquería La Corte de Neptuno. Más adelante la compartiré con ustedes. Aún no es el momento. Por ahora les recuerdo que tengan cuidado con el dorado. Mucho cuidado.

* * *

La balada tiene poderes extraños. Indescifrables. Es una granada sobre un cono de helado. Cada balada posee un filo inexorable que le permite cortar la piel, traspasar el citoplasma y núcleo celular. Abre el carácter torácico y afecta los pistones cardiacos. Los acelera. Adelgaza el aceite sanguíneo y permite que fluya más rápido por el cuerpo. Esta acción generalmente ocasiona la erección en los folículos.

La balada es bastarda, pero enganchadora. A la balada no le importa la trayectoria de la Tierra, el calentamiento global o las especies en peligro de extinción. A la balada le importa un salero tu estado civil, tu cuenta bancaria o tus traumas infantiles. La balada es un ente no visible que barrena el cerebro y lo oxida con sus acordes. La balada puede obligarte a habitar dentro del siguiente punto.

•

Lo tomas, lo invades y eriges un imperio dentro de él. Formas un ejército y, desde ahí, librarás sangrientas batallas contra algunos lugares. Degollarás recuerdos. Tomarás prisioneras algunas

fechas. Cobrarás tributo al tiempo perdido. Luego te refugiarás en tu pequeño reino y cuando la monotonía sea tan espesa como el semen de dos meses, te irás.

Sin embargo, la balada es poderosa. Este poder se puede experimentar en las siguientes canciones: “El instrumento”, de Eduardo Darnauchans; “Si te pudiera mentir”, de Marco Antonio Solís; “Otra vez será”, de Leonardo Favio; “November Rain”, de Guns and Roses; “Aunque tú no lo sepas”, de Enrique Urquijo; “Me cuesta tanto olvidarte”, de Mecano; “Ese loco soy yo”, de Liberación; “In the Aeroplane Over the Sea”, de Neutral Milk Hotel; “Muñeca de ojos de miel”, de Los Mier; “Un par de palabras”, de Hombres G; “Waltz #2”, de Elliott Smith; “Una décima de segundo”, de Antonio Vega; “Libros tontos”, de Bronco; “Sangre”, de Thalía; “Long Ago”, de Hill, Barbata & Ethridge; “Corazón de cuero”, de Vox Dei; “Creo que voy a llorar”, de Los Temerarios; “Para siempre”, de Magneto; “So You’ll Aim Toward”, de Grandaddy; “Lejos-cerca”, de Monocordio; “Tú me quieres lastimar”, de Grupo Ladrón; “Nunca te olvidaré”, de Enrique Iglesias; “Yellow”, de Coldplay; “La balada”, de La Cuca; “Nostalgia”, de Los Terrícolas; “Costumbres”, de Rocío Dúrcal; “Aan de oevers van de tijd”, de Spinvis; “Kumbala”, de La Maldita Vecindad; “Pecado mortal”, de Los Bárbaros; “Si tú no vuelves”, de Miguel Bosé; “Broken Heart”, de Spiritualized; “Contraleý”, de Real de Catorce; “Así no te amaré jamás”, de Amanda Miguel; “Dos cartas y una flor”, de Los Caminantes; “If Only Your Bed Could Cry”, de Titiyo; “Una noche sin ti”, de Burning; “Contigo o sin ti”, de Grupo Samuray; “Con todos menos conmigo”, de Timbiriche; “Mujer amante”, de Rata Blanca; “Hasta el fondo del zaguán”, de Armando Palomas; “Burning Benches”, de Morning Runner; “Frente a frente”, de Jeanette; “Murió la flor”, de Los Ángeles Negros; “Si me voy antes que vos”, de Jaime Ross; “Un beso y una flor”, de Nino Bravo; “Run”, de Snow Patrol; “Me estoy enamorando”, de La Mafia; “Amor violento”, de Los Tres; “Lightning Crashes”, de Live; “No me hace bien”, de Kerigma; “Último trago”, de Viento en

Contra; “Aquién”, de Karina; “Over the Hill”, de Monika; “Como te extraño”, de Leo Dan; “Patience”, de Micah P. Hinson; “No tengo tiempo”, de Rodrigo González; “Otro jueves cobarde”, de Caballeros de la Quema; “Todavía una canción de amor”, de Joaquín Sabina; “Lamento de amor”, de Rigo Tovar; “Despedazado”, de Tex-Tex; “Te echaré de menos”, de Los Piratas; “A Song About Me and a Boy”, de Miss Li; “Cadillac solitario”, de Loquillo y los Trogloditas; “You’re still on my mind”, de Two Dollar Pistols; “Trucha porque ya no hay tiempo”, de Juan Cirerol; “No me nombres” de Javier Calamaro; “Asesíname”, de Charly García; “Cruzando puertas”, de Robi Draco Rosa; “Paloma”, de Andrés Calamaro; “Té para tres”, de Soda Stereo.

Ese poder es el que me hizo escribir estas líneas.

Aquí nadie conocía las baladas. Todo era cumbia, guaracha, rumba, mambo, merengue, cha cha chá. Esto cambió aquel día en que llegó el baladista.

Una tarde, cuentan los viejos del pueblo, en un camión pintado de colores chillantes, llegó un grupo de hombres de pelo largo entre los que se encontraba uno que, después supimos, se llamaba Rigo Tovar.

Nadie supo a ciencia cierta cómo es que llegaron a este pueblo con mar. Sólo se cuenta que al llegar buscaron jugo de naranja pasteurizado para llenar unos tambos que traían en el camión. Pero como no encontraron, vaciaron cientos de cocos en sus recipientes.

Por la noche, montaron un escenario, instalaron unas bocinas, conectaron luces, sacaron sus tambos de agua de coco e invitaron a la gente a bailar un rato.

Los pobladores, poco a poco, se fueron juntando en la canchita del parque central. Nada era fuera de lo normal. Los tambos de agua de coco se fueron vaciando. Todo mundo era feliz. Algunos bailaban, otros lloraban con las manos hacia el cielo, unos más

cogían a la vista de todos. Para el amanecer, no cabía un pelo en ese lugar. Todo era fiesta, sudor y olor a sal. Entonces, Rigo nos enseñó las baladas.

Cuando terminó de tocar, Rigo se dirigió a la playa. Al llegar a la orilla se detuvo un instante, volteó a mirar a la multitud que traía detrás y comenzó a caminar sobre el agua. Aunque nadie lo podía creer, no emitieron palabra alguna.

Las corrientes marinas apenas tocaban la bastilla de sus pantalones. Caminó un rato ante la mirada incrédula de los pobladores. Luego regresó. Se le veía feliz.

Un hombre se le acercó con los ojos llorosos y le ofreció el agua de un coco.

—Primero dale a los demás. Después tomaré yo.

El hombre se sorprendió con las palabras del músico y comenzó a dar el agua de coco a la gente. Se supone que el líquido no alcanzaría para más de dos personas, pero no se acababa y fue pasando de boca en boca. Cientos de hombres y mujeres bebieron el agua de aquel fruto. Unos dicen que Rigo multiplicó el agua de coco.

Al día siguiente, Rigo se subió a su camioncito de colores, juró regresar y se marchó.

Antes de cada concierto, todos los músicos se encomiendan en su memoria. Por eso se levantó su capilla, a donde siempre se llevan veladoras, flores o imágenes para pedir un favor. Aún se guarda la cáscara del coco con el que dio de beber a todo el pueblo.

La capilla, por cierto, se ubica a la vuelta de El Purgatorio

* * *

Al día siguiente de nuestro primer ensayo, salí a caminar por la playa. Necesitaba despejar la mente para idear el futuro de Los Testaferros.

En este pueblo hay un andador que bordea las olas y te permite caminar mientras el agua te salpica las sandalias. A pesar de que a la playa vas generalmente a pensar un poco mientras la brisa te enfría la sesera, no debes abstraerte demasiado, ya que puedes acabar con las sandalias mojadas y, aunque parezca extraño, no hay nada más molesto que pisar unas sandalias mojadas. A mí me jode mucho pisar unas sandalias húmedas. Y eso que no soy muy asiduo a usarlas. A lo mucho, las utilizo para bañarme y caminar un poco en casa. Pero al salir a la calle requiero de zapatos. Con las sandalias me siento vulnerable. Como ciervo sin cornamenta; cebrá sin rayas o jilguero sin trino.

Sé que hay gente que disfruta las sandalias. O que, incluso, se desenvuelve mejor si anda descalza. Pero yo no. Yo necesito de calcetines y zapatos. Tal vez soy el siguiente eslabón evolutivo, incapaz de pisar sin zapatos. O tal vez soy demasiado pusilánime para esto de la pisada. No lo sé a ciencia cierta.

Pero como les decía. Fui al andador, el aroma de sal y peces era tan fuerte que lijaba mi nariz. Me encontré con un gringo gordo de

hombros requemados y pantorrillas llenas de várices. En su mano llevaba un libro cuyo título no pude leer porque estaba en inglés. Miraba el mar como quien mira la vida desde la muerte. En sus ojos había un deseo anhelante, como el hacha ansía un trozo de madera. Aquel gringo no iba solo, llevaba un mujerón al lado. Una rubia natural de nalgas galácticas y tetas que habrían podido amamantar medio planeta. No verla era como negarse a apreciar un eclipse. La naturaleza nos ofrece apariciones excepcionales de vez en cuando. Y aquella tarde me tocó a mí. Me detuve unos instantes para observarlos y entendí la mirada del gringo viejo. Luego de un rato y de imaginarme a la rubia en 18 posiciones sexuales, volví a caminar.

Aves de todo tipo sobrevolaban las aguas. Había unas de plumaje blanco que entraban al agua como un martillo, tomaban un pez, luego salían y se iban de ahí. Llegaba otra avecilla, entraba al agua y salía con un pez en el pico. Otras, de plumaje negro, les quitaban los peces a las de plumas blancas. Era una guerra por los peces. De pronto pensé que era muy triste que esas aves se enfrentaran por un puñado de ardillas marinas llenas de escamas. Después me recomforté acordarme que los humanos nos peleamos por cosas mucho más absurdas: agua, cargos públicos, autos, vaginas, terrenos.

En esas estaba cuando se me ocurrió que el futuro para el grupo estaba en la balada. No teníamos por qué seguir los pasos de los ruidosos de Soziedad Alcohólica; del minimalista Casiotone for the Painfully Alone; de los champeteros de Systema Solar o los intempestivos Yoshida Brothers. No.

De pronto pensé que la balada es un lenguaje universal. Todos, en el fondo, tenemos a un romántico encerrado tras las rejas del orgullo, amargura y vergüenza. Si no fuera así, Led Zeppelin no habría grabado "Stairway to Heaven" y Skid Row no hubiera hecho lo propio con "I Remember You". La balada no es indispensable, ni primordial, ni culta. Es como la envidia: sabemos que nos daña, pero a diario la practicamos en silencio. Los Testaferros lo entendimos. Por eso tomamos el espinoso camino de la balada.

* * *

Xigua se formó, según estudios arqueológicos no muy serios, hace unos mil años.

Entre las teorías que justifican su fundación están la variedad de especies marinas y terrestres que ahí se encontraban para ampliar el menú; la variedad de tierras, manantiales y vegetación para ampliar el menú; y, finalmente, la variedad de pretextos que obligaron a la gente a detener su vida nómada, ampliar el menú y quedarse de una vez por todas en algún lugar.

En Xigua no conocemos los McDonal's, ni los Buick, la aceleración de neutrinos o los hábitos de los osos polares. Aquí no hay teatros, tiendas departamentales o cirujanos plásticos. Es imposible encontrar polímero de cualquier especie, un técnico de Bang & Olufsen o un asesor ejecutivo de KFC.

Aquí no se escucha tecno bass, psico, minimal bass o grindcore. En su arquitectura no hay ningún premio Pritzker, Alvar Aalto, ni cuando menos un Cemex.

Sin embargo, hay algo que sí hay: turistas. Con ellos llegan los dólares, el whisky, salmón ahumado, aparatos de todo tipo y mujeres de piel ansiosa de sol. Gracias a los turistas también

arriban los Cadillac, los Subaru y los Honda. Incluso dejan aquí algunos aparatos Marantz, B&W o Mordaunt-Short.

Pero no todo lo han traído ellos. Uno que otro xiguanteco se va por las sinuosas carreteras y regresa con un camioncito lleno de Coca-cola, carne de ternera, libros viejos o ventiladores de piso.

En esta tierra, la vida no es muy distinta a la de nuestros antepasados. Es un modo de vida simple. Sin prisas, ni olimpiadas. Sin tren subterráneo, conciertos masivos, ni catedrales que se venden como patrimonio de la humanidad. Xigua no es pueblo mágico, ni orbe. Sigue siendo un caserío junto al mar. No muy distinto al que nos dejaron sus fundadores, hace unos mil años.

* * *

Ya teníamos el grupo. Ya teníamos el nombre. Ya teníamos el género. Pero nos faltaban canciones. Es como si decidiésemos vender hamburguesas y no tuviésemos fuego. Convoqué a una reunión en El Purgatorio, pedí una ronda de vodcos e informé a mis compañeros el problema. Luego de una deliberación estilo ateniense, acordamos una solución: cada quien debía traer una canción para la próxima semana. No importa si se la roban o la compran. Tráiganla.

Y cada quien se fue por los distintos puntos cardinales. Cire, el baterista, se fue con rumbo hacia el malecón. Tuvo la certeza de que algún cangrejo, un envase de Parna o algún satélite artificial le daría la inspiración para componer una canción. Cire nació con las baquetas en la mano. Quizá dentro de su madre usaba la placenta como tambor para desaburrirse. Antes de comer por primera vez en este mundo, tocó un poco sobre el bote de leche. Cire fue un baterista inolvidable en la banda de guerra de su escuela. Luego, descargó cientos de camiones de cemento para juntar el dinero suficiente que le permitiera comprar una bataca. Cuando usó sus baquetas en los tambores de su batería nueva, la

inclinación de la tierra de movió .087 grados. Lo supe porque yo estaba ahí. Eso ocurrió en El Purgatorio.

Ref, el tecladista, tomó el camino costero que lleva al norte. No es que fuera el mejor de los caminos, pero él pensó que la travesía le daría los acordes para escribir su canción. Ref era obstinado como un vaso con hielo. Nadie sabe de dónde carajos sacó sus habilidades en las teclas. Cuando era un muchachillo, tenía voz desafinada y barros en el rostro. Nos encontramos unos dos años después y era un virtuoso en el piano. Nadie sabía por qué. Algunos dijeron que tomó una panga y se echó al mar durante días. No llevó comida ni agua. Sólo un pequeño acordeón de teclas. Allá le pidió ayuda al Maligno y éste lo escuchó. Cuando regresó a tierra, medio muerto por las quemaduras del sol y por la deshidratación, lo primero que hizo fue tocar. Fueron tan perfectos sus movimientos en las teclas que de inmediato un cardumen de atunes salió del mar y retorciéndose murieron a los pies de Ref.

Fob se fue a la casa de una mujer casada con la que tenía amoríos. Fob no era guapo. No tenía dinero. No sabía cantar. No sabía escribir a máquina. No tenía camisas. No le gustaba la salsa catsup. No barría su casa por las mañanas. No consumía vitamina K, que se encuentra en los vegetales de hojas verde oscuro. No masticaba sus alimentos las 40 veces que aconsejan los nutriólogos. No hacía ejercicio. No usaba cachucha. Pero tocaba el bajo

Además de eso, era una enciclopedia sobre el bajo. Heavy metal, clásica, cumbia, tango. Sabía todo sobre el bajo. Vivía para él. La vida y sus vicisitudes no importaban, lo único que valía eran esas cuatro cuerdas que sostenían al universo.

Blu pidió otro vodco, cuando vació el trago, caminó hacia el sur. Por entre el río, los manglares y donde están los pueblos que viven sobre las aguas. Blu no se llevó ningún instrumento porque era el vocalista. Hacia el sur la variedad de ritmos es similar a la variedad de seres vivos que habitan en agua, tierra y aire. Chilena, charanga, cumbia, son y demás le darían una ayuda en su búsqueda. Vagó varios días por distintos pueblos y de allá se trajo una canción.

Yo me salí de El Purgatorio y me formé en la primera fila que encontré. Mientras estuve ahí me sentí tan concentrado que me puse a escribir una canción. Al terminarse la fila, busqué otra y otra y otra. Fueron muchos los lugares donde me formé, pero principalmente en tortillerías y bancos. Recordaba acordes, letras y las mezclaba mentalmente mientras veía el hombro pecoso de una mujer o las chancas de algún anciano. Los pelos en la nuca de algún niño o la camisa remendada de algún hombre. Cuando me preguntaban:

—¿Y esta fila para qué es?

Yo les contestaba:

—No sé.

Al séptimo día de filas, llegué a mi casa con tres canciones terminadas. Una de ellas iniciaba así:

“Hablo de ti sólo por oficio”.¹¹

* * *

Cuando nos volvimos a juntar, lo hicimos en El Purgatorio con una ronda de zancas y unas camaronillas (quesadillas de camarón y queso). Cada uno contó lo que había vivido. Las experiencias que narraron fueron fantásticas. Hasta la mía, como ajonjolí de todas las filas. Acordamos una reunión al día siguiente. Cada uno llevaría su canción. Después, habría tiempo hasta para un ensayo.

Y así fue. La primera que tocamos fue la de Blu. Era una balada de letra emotivísima y acordes discretos, pero contundentes. Comenzamos a tocarla junto con él cuando nos la mostró por segunda vez. El acompañamiento fue natural y todo salió a las siete maravillas. Decidimos montarla en ese instante para hacer un demo.

Uno, dos tres, cuatro... Y empezamos a tocar. De las bocinas salieron sonidos ya conocidos.

La canción de Blu tenía un desgarrador pero pegajoso estribillo que decía:

“Ella está donde quiere estar / y no es conmigo”.^{III}

Cuando terminamos, pusimos a correr la grabación para escucharla de nuevo. La oímos siete veces y le dimos luz verde.

Cuando le preguntamos a Blu sobre el origen del tema, nos contó la historia:

“Por si no lo saben, los dildos también sueñan. Se enamoran. Comen. Viajan. Tienen hijos. Y por supuesto, trabajan. Quizá sea esto último lo único que conocemos de estos extraños y exóticos compañeros femeninos. Pasemos a disecar uno de estos especímenes. Un dildo de ocho pilas. Se trata de un ejemplar codiciado, el cual pocas vaginas o anos podrían soportar. Del que hablamos es de color blancuzco, tirándole a azul. Su piel es de tacto suave, como nalguita de chabacano. Si hiciéramos un corte transversal, hallaríamos en la parte superior el cerebro, cubierto por un cráneo duro y resistente a los embates de su ardua labor. La masa encefálica es más grande y compleja de lo que pensamos. Gracias a ella, consigue ocultar del ojo humano su vida íntima, ahorrar lo suficiente para el retiro y conquistar el corazón de dos que tres dildos hembras.

Porque hay que aclarar que hay dildos machos, hembras y también, dildos homosexuales.

Regresemos a la disección. Bajo el cerebro está la columna vertebral y un largo tórax que protege órganos tan importantes como el hígado (porque los dildos son bien borrachos; ellos inventaron aquello de “agarrar el pedo” o “ando muy pedo”), el riñón y sus tres pulmones.

Los dildos, como bien recordarán, no tienen extremidades. Ni superiores ni inferiores. Nada. Simulan un tubérculo mecánico. Su manera de moverse es mediante una serie de vibraciones y su lenguaje sigue siendo un misterio.

Al salir del trabajo, lo primero que hacen los dildos es echarse un trago. Algunos afirman que también beben agua de coco, pero no se ha comprobado. También comentan los resultados de su equipo favorito e intercambian anécdotas propias de su labor. De modo que lo mismo hablan del conocido juez que suele llevar el aparato en cuestión metido entre las nalgas durante las sesiones de la Corte, que de la modelo de moda que usa un dildo de doble

cabeza para jugar con su amante, o simplemente, el caso de aquella chica que, al sentir la vibración en su bolso, metió la mano en automático para sacar el teléfono celular pero en vez de eso sacó el dildo.

Luego de la plática del final del día, los dildos llegan a casa. Ven un poco de televisión. Si tienen familia, cenar junto a ellos. Y luego duermen. Por lo general, los dildos trabajan de noche. Sin embargo, durante sus siestas, también sueñan con un estribillo que dice:

“Ella está donde quiere estar / y no es conmigo”.

* * *

Grabamos la balada de Cire. Era suave y filosa como mirada de lince. Al momento de iniciar la grabación, era el propio Cire el que gritaba:

“Uno, dos, tres por mí”. ^{IV}

Después había una variación de acordes tipo bolero de Álvaro Carrillo, luego entraba la voz con un coro que se abría como las puertas de una cárcel. Algo tiene el limón para que su acidez nos deslumbre. Algo tiene el alcohol para sorprendernos a cada trago. Algo tiene el tema de Cire que aún ahora su estribillo me corta el aliento:

“el tiempo de los dos es una gota, / que abierto el corazón está
secándose”. ^V

Cuando montamos siete canciones, decidimos ofrecer un concierto. No esperábamos multitudes, pero cuando menos el público de un partido de fútbol llanero. La sede fue, por supuesto, El Purgatorio. Felipe hizo algunos ajustes para ese día: movió sillas y mesas; acondicionó un escenario y puso un anuncio en la entrada:

“HOY HOY HOY en El Purgatorio, el sensacional debut de Los Testaferros. Agua de coco de cortesía”.

El agua de coco de cortesía fue idea de Felipe, quien consideró que de esa manera llegaría más gente. Y así fue, comenzaron a llegar cuando apenas conectábamos el equipo.

—Queremos el agua de coco de cortesía —dijo un hombre entrado en años que encabezaba a unas 15 personas.

—Pero el agua de coco es para el concierto —les contestó Felipe—. Esperen a que toque el grupo y les daré los tragos. —En el aviso no dice la hora, así que exigimos el agua de coco.

A Felipe no le quedó más remedio que servirles el trago. En cuanto se lo tomaron, se fueron de El Purgatorio. Felipe salió a corregir el cartel:

Agua de coco de cortesía durante el concierto

Cire hizo una observación a Felipe.

—¿Cuántos tragos le darás a cada asistente?

—Sólo uno, claro. Los demás son a cuenta personal.

—Pero eso no dice en el aviso. Ahí dice que les darás agua de coco durante todo el concierto, pero no aclaras que sólo será uno.

A Felipe no le agradó la idea y corrigió el cartel:

Un trago con agua de coco mientras dure el concierto y nada más.

No sé si fue el cartel, la fecha, la guerra en el Oriente Medio o algún error en la evolución de las neuronas del hombre, pero en el concierto sólo asistieron siete personas entre las que no estuvo Teresa. Había tres mujeres que celebraban una despedida de soltera y quienes se pusieron a beber roncós con el fervor con el que se bebe jugo de naranja. A medio concierto comenzaron a emocionarse como si fuéramos los Bukis. Ya *picada de alacrán*, una de ellas nos pidió una canción de Magneto. No la traemos, dijimos con cara de talibanes antes de un atentado suicida. Teníamos que hacer algo si queríamos ser famosos. Y eso hicimos.

* * *

Inspirados en los *crescendos* de Lupe Esparza, armamos la composición de Fob. Fue una tarde en la que las garzas de pico morado vuelven a casa. O al menos eso creemos. Porque bien pueden irse a cazar salamandras, a someterse a una cirugía de pico chueco o simplemente ni regresan a casa, ni cazan ni se operan. Sólo vuelan, mientras se preguntan si algún día nosotros nos iremos a casa y las dejaremos reproducirse en paz en estas playas.

La mujer casada con la que vivía Fob se fue de la ciudad. No sé muy bien por qué. Algunos dijeron que se hartó de las olas, del agua de coco y de Los Testaferros. Otros alegaron una alteración en su hipófisis, lo que la obligó a buscar clínicas en Noruega. Sin embargo, yo sospecho que la mujer, luego de dos décadas en Xigua, decidió volver a casa. Todos, en algún momento, deberíamos regresar a casa. La trayectoria del planeta sería menos tediosa.

Luego de la ruptura, Fob dijo que caminó durante tres días y tres noches hasta que llegó a un lugar donde adoraba a una gran palmera de coco. De inmenso tronco aterciopelado y hojas verdeazul, la palmera estaba rodeada de veladoras y flores. Sus cocos eran círculos perfectos, como esferas.

Junto a la gran palmera, un hombre lo invitó a sentarse bajo su sombra. Le dio de beber un agua de coco dulcísima. Y le contó lo siguiente:

“Todo comenzó con la gran palmera. Todo. Noche y día. Agua. Montañas. Nubes. Piedras. Animales y árboles. Polvo y Fuego. Todo lo hizo la gran palmera. Gracias a ella brillan las estrellas en las noches oscuras. Y sale la Luna en las noches claras. Sin su permiso no se mueve ni una gota de lluvia, ni una hoja, ni un grano de tierra. Nada pasa si la gran palmera no lo permite”.

Aquel hombre le aseguró que al igual que los cocos, los planetas están unidos a una gran palmera cósmica:

“Sin el poder de la gran palmera todo sería distinto. El nivel del agua no existiría y el líquido volaría como garzas en invierno. Si la gran palmera no mantuviera el tamaño de los árboles, éstos crecerían hasta las nubes y oscurecerían el mundo para siempre. Que la luz salga por el horizonte todas las mañanas y el rocío bañe las hojas por las noches, son señales de que seguimos unidos a la gran palmera.

Damos gracias que la gran palmera está al pendiente de todo. De preservar el vuelo de las aves, el caminar de los animales y el nado de los peces. De que el cielo sea azul, verdes las copas de los árboles y cristalinas las aguas. Oh gran palmera. Permítenos seguir sobre la tierra, sin que el viento nos eleve y nos lleve lejos como semillas voladoras. No te lleves las montañas a las nubes, pues ya nadie podría caminar sobre ellas. Danos el permiso de ver la siguiente alba, las próximas lluvias y las camadas por venir. Oh gran palmera. Oh gran palmera. Oh gran palmera”.

Todo eso provocó que Fob tomara su bajo y compusiera una gran balada. La parte que más me gusta sentenciaba:

“Entonces, si no me querías / llega el viento a levantarme, / y me respiras”.^{vi}

* * *

Como no teníamos público, era necesario cocinarlo. Meterlo al horno y sacarlo a punto de cocción. El público es el misterio más inexpugnable del mundo de la música. No son pocos los grupos que han asfixiado su ingenio ante la indiferencia del público. En contraparte, son demasiados los grupos mediocres que han sido bendecidos por mares de fanáticos.

Nosotros éramos geniales, pero no teníamos seguidores. Debíamos hacer algo y lo hicimos. Las opiniones de los demás integrantes se toparon como gallos de pelea: pagar un anuncio en el periódico; salir en la televisión; repartir volantes en los lugares más concurridos y pegar posters en calles y tiendas. Entonces a Ref se le ocurrió una brillante idea: hacer un instructivo para ser un testaferro.

—¿Un instructivo para que entren al grupo? —preguntó Blu, incrédulo.

—Si —contestó Ref.

—Entonces el grupo se convertirá en orquesta.

—No, entrarán pero como público. El grupo y el público son uno sólo. Se necesitan mutuamente. Aunque cada uno tiene una función. Eso lo entendió el público de AC/DC y los de Gedo.

La idea nos pareció estupenda. Comenzamos a hacer las instrucciones y quedaron así:

1. Para ser un testafarro, debes hablar de Los Testaferros.
2. Para hablar de Los Testaferros, debes ser un testafarro.
3. Si te preguntas quiénes son Los Testaferros, entonces ya eres parte de Los Testaferros.
4. Un testafarro sólo bebe agua de coco y cerveza Zanca.
5. La balada será tu imperio y Los Testaferros tu ejército.
6. Siempre orinarás en el lavabo, nunca en el inodoro.
7. Tira semen como si fuera miel quemada de los días VII.

* * *

De la playa norte hacia donde anidan las garzas con pico morado, hay una colonia que se llama Margallete. No es un asentamiento irregular, ni condominios de gente bien. Más bien pareciera como si hubiera sido trazada por las garzas de pico morado. He conocido muchísimas ciudades y debo reconocer que las aves hacen mejores trabajos que varios ingenieros topógrafos.

En esa colonia vivía Teresa. Y hasta allá iba a visitarla su novio, un vendedor de perfumes. Hasta allá, también, iba a verla cuando Teresa me lo pedía. No pocas veces tuve que esperar en la esquina a que saliera el perfumero. Teresa sabía de mis intenciones de coger con ella. Tal vez sabía de mi reguero de semen por todo el planeta o simplemente le inflaba el ego tener un admirador que tocara en Los Testaferros.

En su casa platicábamos de todo. De sus horribles poemas, del perfumero, de la evolución de los lémures o la teoría de la gravitación. No obstante, a la hora de pasar a lo que me interesaba, Teresa siempre encontraba el pretexto para evadirme. Yo, en vez de entender que cuando “no” es “no”, insistía. Como insiste una cascada en su caída.

Por esos días escribí una canción inspirado en toda esa calentura que sentía por Teresa. Transcribo una parte:

“polvo de carne enamorada / miel de boca ausente”.^{VIII}

En cuanto acabamos el instructivo, lo enviamos a una imprenta, se tiraron pequeñas calcomanías de 10x15 cm y las pegamos por todas partes: en nuestras mochilas, en los postes de luz y teléfono, en los baños de oficinas y restaurantes, en los teléfonos públicos, en los camiones, en las defensas de automóviles, en monumentos, en estaciones del transporte público, en cada mesa de El Purgatorio y en cada uno de nuestros instrumentos, en las señales de tránsito, en las puertas de negocios, en los botellones de agua, en los anuncios de refrescos y cervezas, en todos los espejos que pudimos, en las bicicletas que encontramos estacionadas, en las viseras de las gorras de nuestros conocidos, en los botes de basura, en todas las lanchas que hallamos cerca de la playa, en las pipas de agua, en los dispensadores de frituras y bebidas, en las tablas de surf de quienes nos lo permitieron, en los envases de cerveza Zanca, en los registros de teléfono y servicio de cable que hay que cada esquina, en cada publicidad política que nos topamos.

Luego sucedió algo extraño: hubo más gente en los conciertos en El Purgatorio. No sé si por las baladas, por el instructivo o por el agua de coco.

A Felipe eso le dio una idea. Tal y como le sucedió a un ingeniero suizo llamado George de Mestral, quien en 1941, luego de salir de cacería con su perro, notó que partículas de las plantas por donde caminaban se pegaban a sus calcetines y a la piel del animal. Después observó bajo el microscopio los pequeños ganchos en la ropa y las texturas que se adherían a ellos. Mestral experimentó por años con una gran variedad de telas hasta llegar al velcro.

Tal vez Felipe, por aquel pensamiento, tenga un lugar destacado en los libros de biología del futuro en los que lo señalen como uno de los factores que propiciaron la extinción de la palmera. O quizá se le recuerde por tener una de las ideas más fabulosas: envasar el whisco, el vodco y el ronco.

Pero antes de eso, Los Testaferros arañamos la fama.

Uno de los poemas de Teresa que aún conservo de esa época es este:



Aquí, las palmeras de coco son como el hijo menor de cada familia. Se le cuida, se le alimenta y en Navidad se le deja un regalo bajo el arbolito. Algunas familias les enseñan buenos modales, como no aventar los cocos al suelo, ni tirar basura en los patios. Otras obligan a las palmeras a hacer malabares con sus cocos y algunas más las meten a estudiar idiomas con la esperanza de enamorar a algún turista y resolver sus problemas económicos.

Hubo una ocasión en que una palmera fue lanzada como candidata a la alcaldía. Mucha gente se entusiasmó con la idea, pero a la hora de la elección, los simpatizantes de la palmera se dieron cuenta de una triste realidad: las palmeras no votan. Por eso no ganó.

Sin embargo, también hay familias más o menos normales. Las riegan, las abonan y las podan cada año y medio. Les curan plagas y les procuran agua suficiente. Con los años, la palmera crece, ofrece sombra y viento que silba por las tardes. Luego vienen los cocos. Muchos cocos que les crecen como verdes verrugas. Después, la lógica de la naturaleza se hace evidente: talan la palma. Venden la madera y comen su corazón. Al día siguiente, otra palma empieza a crecer en el patio.

Pasaron los días. Nadie contrataba a Los Testaferros. Nadie preguntaba a Felipe por los costos de nuestros servicios. Nadie llegó a El Purgatorio con la intención de escucharnos. Nadie nos pidió un autógrafo o la copia del demo. Los días transcurrieron como la energía cinética de un abejorro: veloces e inútiles.

Una noche que hojeábamos un periódico antes de ensayar, leímos: “Se incrementa 400% la venta de agua de coco”. Al parecer, Felipe iba por el camino correcto. Nosotros no.

Varios días después, antes de dormir, en la televisión daban la una inusitada noticia: “Arrestan a tres que orinaban en lavabos”. Eso me pareció una señal, a pesar de ello creí conveniente tranquilizar mis testaferros impulsos. Decidí que la almohada me aconsejaría. A la mañana siguiente, encendí la radio y en uno de los noticieros matutinos alertó: “Preocupa a estaciones de radio el incremento de peticiones de baladas”. Casi me atraganto con la saliva. La señal era más clara que el agua de coco de media cuchara. Los demás testaferros debían saber que la fama venía en camino. Ya no habría pretexto para que Teresa se negara a que la rociara mi semen. Ya no habría necesidad de repartir volantes.

Ya no habría obligación de pagar renta, de preocuparse por la comida o por algún asteroide cercano a la Tierra.

Ya reunidos en El Purgatorio, hubo otras noticias:

1. De la noche a la mañana, en la entrada a Xigua apareció un anuncio espectacular de un político: “Un buen ciudadano sólo bebe agua de coco y cerveza Zanca”. Junto al eslogan, un tipo sonriente y vestido con camisa morada invitaba a la gente a votar por su partido.

2. Un dúo de cumbia electrónica elevó a dos millones de visitas el video de su primer sencillo, el cual tenía el siguiente estribillo: “Hacetre lunas que no duermo / por medir tus caderas / que tienen el ancho de la noche”.^{ix} Por si fuera poco, los fans de esta agrupación (llamada Mantarraya) sumaban más y más seguidores al subir a la red sus videos en donde orinaban en los lavabos de centrales, escuelas y oficinas. El fenómeno apuntaba a volverse viral.

3. Un locutor de radio duplicó la audiencia de su programa al incluir la frase: “La balada es tu imperio, nosotros somos tu ejército”. Ese espacio radiofónico transmitía baladas de todo tipo. Según se informó en El Purgatorio, los mensajes y llamadas llegaban por toneladas. Gente de toda la comarca esperaba ansiosa que la nombraran durante la transmisión.

4. Un culto religioso repartió de casa en casa volantes que decían “Para ser hijo de Dios, necesitas hablar de los hijos de Dios”. Los seguidores anunciaban que el reino de los cielos sólo podía ser de los hijos de Dios. Cientos de infelices acudieron a empeñar su alma (y algunas monedas, claro) en la pequeña capilla donde ofrecían culto.

5. Por si eso no bastara, en la radio comenzó a sonar una canción de Ref. Pero no era nuestra versión, sino la de un grupo que luego se haría famoso. Cosa rara. Nosotros no queríamos covers y parecía que uno nos abría las puertas del éxito. El tema de Ref terminaba así:

“digo tu nombre y / después, aunque no quiera / todo es silencio”.^x

Pero nadie hablaba de Los Testaferros, ni de las canciones, los conciertos o el instructivo. Nadie.

Tomé el diccionario y busqué: “refracción”.

“Es el cambio de dirección que experimenta una onda al pasar de un medio material a otro. Sólo se produce si la onda incide oblicuamente sobre la superficie de separación de los dos medios y si estos tienen índices de refracción distintos. La refracción se origina en el cambio de velocidad de propagación de la onda. Un ejemplo de este fenómeno se ve cuando se sumerge un lápiz en un vaso con agua: el lápiz parece quebrado. También se produce refracción cuando la luz atraviesa capas de aire a distinta temperatura, de la que depende el índice de refracción. Los espejismos son producidos por un caso extremo de refracción, denominado reflexión total. Aunque el fenómeno de la refracción se observa frecuentemente en ondas electromagnéticas como la luz, el concepto es aplicable a cualquier tipo de onda”.

Entendí que los demás integrantes de Los Testaferros comenzaban a refractar la idea de formar un grupo. La idea de grabar un disco. Y la idea de la balada. Pero sobre todo, la de convertirnos en una banda legendaria.

En cada ensayo notaba en sus ojos la incertidumbre que tendría un niño brasileño perdido en Beijing. Dentro de cada cráneo, la idea de un grupo tomaba distintos colores, formas y objetivos.

Cire no quería discos de oro, ni club de fans. Sólo quería obtener el dinero suficiente para retirarse y poner en marcha su proyecto de baterías orgánicas. Nada de plásticos, ni madera artificial. No. Usaría cajones de madera común, pieles y materia orgánica que le permitieran fabricar una batería totalmente natural. Incluso, no tenía contemplado ningún clavo o pegamento.

Los planes de Ref, en cambio, eran distintos. Buscaría, de una manera u otra, deshacer su pacto con el Maligno. Pretendía que con la fama de Los Testaferros se le abrieran los medios para conocer a altos mandos religiosos. Quienes le ayudarían a anular su contrato que le había dado las habilidades para ingresar a la santísima trinidad del teclado baladístico junto a Roberto Guadarrama y Jorge González.

Fob deseaba a largo plazo formar su propio grupo de Nintendo Core. Él consideraba que su bajo era desperdiciado de manera infame con la balada y que en otros géneros conseguiría realizarse como divo de ese instrumento. Fob consideraba a Aoki Masayuki su guía y, hasta donde sé, no ha logrado igualarlo.

El más refractado de todos era Blu, quien no tenía la más enana idea de lo que haría después de Los Testaferros. Lo único que sabía es que no quería trabajar y quizá ese deseo, tantas veces ansiado, lo llevó a obtener uno de los empleos más raros del mundo: catador de agua de coco. Felipe lo reclutó para paladear el agua que embotella. Tenía que elegir al azar una botella de algunos de los cientos de lotes que se producían y probar su contenido. Hace poco comenzó a impartir pláticas sobre el asunto. De vez en cuando me envía baladas que ha grabado en su computadora. Una de ellas dice así:

“Nada sé. Los cuerpos se entienden; / Sus almas no. Nada sé, y amo”.^{XI}

Felipe se consagró como empresario. Sus bebidas embotelladas, además de deliciosas y saludables, emborrachaban. Esos tres factores permitieron que su agua de coco, primero, conquistara la región. Todos querían beber su invento. Luego, la fiebre por el agua de coco invadió el país. Después, todo el mundo. Venían a entrevistarlo o a invitarlo a programas de televisión. Le pagaban por aparecer en eventos de alta sociedad. Felipe comenzó a ausentarse de El Purgatorio. Realizaba viajes a los sitios más lejanos para exponer su proyecto y motivar a nuevos empresarios a creer en sus ideas. Me contó el propio Felipe, y eso también pude verlo en los periódicos, que sus palabras impulsaron a un hombre a abrir su empresa de medición de olas. A quien primero tildaron de desquiciado, luego, navieras y surfistas contrataron sus servicios. Después fue llamado por algunos magnates y miembros de la farándula de Hollywood, quienes lo emplearon para medir la altura de peinados, holanes y cortinas en las residencias. Sus finanzas subieron como espuma de una cerveza Zanca.

Una mujer del continente asiático, luego de conocer a Felipe, se animó a vender colecciones de saltamontes y de ahí puso

de moda al insecto: ropa, decoración de interiores, películas, motocicletas y autos retomaron esta tendencia, y la bañaron en dinero.

Felipe, en tanto, forjó un imperio cimentado en el agua de coco. Ingresó a las listas de los hombres más ricos del mundo. Su bebida fue imprescindible en reuniones de cualquier esfera social, idioma u ocupación. Además, inauguró una nueva presentación de su bebida: el agua pura de coco sin alcohol, sin impurezas, sin conservadores. Este producto fue considerado indispensable para el buen desempeño del riñón. No pocas personalidades de talla mundial recomendaban este elixir. Deportistas, cantantes y actores aparecieron en fotografías con una botella de Felipe en la mano. Eso lo lanzó el cielo comercial.

Felipe tuvo que comprar varias miles de hectáreas de palmeras para satisfacer la demanda del preciado líquido. El Purgatorio dejó de ser cantina y se convirtió en empresa exportadora de agua de coco.

Actualmente, un grupo de científicos contratados por Felipe investigan lo que sería uno de los mayores éxitos en la historia del hombre: la obtención de combustible a partir del agua de coco. Hasta donde sé, nunca ha dejado de llevar una ofrenda a la capilla de El Sirenito.

Los Testaferros se desintegraron por la misma causa que lo hicieron Los Beatles, Los Ramones, Los Beach Boys, los Vox Dei, los Pink Floyd, los Highway Robbery, los Far Out, Los Dug Dugs, Los Ángeles Negros, Los Bárbaros, Los Héroes del Silencio, los Bronco, Los Corraleros de Majagual, Los Yonics, Los Bukis, Los Secretos o Los Piratas. Y esa causa fue que a nuestras diferencias les salieron colmillos y garras más grandes y más filosas que a nuestras semejanzas.

Por eso nadie pudo hacer gran cosa para mantener al grupo unido. Sentados en la misma mesa de El Purgatorio donde fundamos la banda, acordamos descomponerla. No hubo lágrimas, pleitos legales o sangrientas peleas. Tampoco hubo disputas sobre el nombre, los discos o las canciones, puesto que solo éramos conocidos por un microscópico círculo de seguidores.

Llegamos a la conclusión de que para ser legendario se requiere algo más que un puñado de canciones, algunos discos y varios miles de fans.

Yo les compartí un texto que encontré en el periódico:

“En mil o 2 mil años no quedará casi ninguno de los valores

del presente, como ahora no queda casi ninguno de los que se consideraban importantes cuando César conquistó la Galia”.

En 3 o 4 mil años no quedará ninguna de las naciones del presente, como ahora mismo no queda casi ninguna de las naciones que se consideraban importantes cuando los elamitas destruyeron Ur. En 4 o 5 mil años no quedará casi nada de lo que hoy consideramos importante, como ahora mismo no queda casi nada de las cosas que se consideraban importantes cuando Narmer unificó el Alto y el Bajo Egipto.

Algún día la humanidad desaparecerá o se transformará en otra cosa que quizá mire nuestros huesos viejos y rotos, como nosotros miramos ahora los del neandertal. O, quizá, no”.^{xii}

Entonces, ¿por qué debía ser importante mantener a Los Testaferros? ¿Afectaría a la maquinaria cósmica que un grupo de mozalbetes desintegrara su banda? Evidentemente no.

Por eso decidimos separar a Los Testaferros. Por la misma causa que lo hicieron Los Beatles, Los Ramones, Los Beach Boys, los Vox Dei, los Pink Floyd, los Highway Robbery, los Far Out, Los Dug Dugs, Los Ángeles Negros, Los Bárbaros, Los Héroes del Silencio, los Bronco, Los Corraleros de Majagual, Los Yonics, Los Bukis, Los Secretos o Los Piratas.

Teresa nunca aceptó coger conmigo. Una tarde en El Purgatorio, cuando aún parecía que la fama llegaría a Los Testaferros, le confesé mi deseo de penetrarla de manera continua hasta bañarla con mi esperma. No lo dije con esas palabras porque me habría mandado a pescar erizos con los pies. Fui lo suficientemente respetuoso para explicar mi demanda sin verme tan obsesionado.

Cuando terminé mi ofrecimiento, primero me anunció que ese día estaba sola en su casa y que estaba muy caliente, pero que no cogería conmigo. Luego, me aclaró que le gustaba excitarme porque eso la preparaba para que sus encuentros sexuales con el vendedor de perfumes fueran cosa de otro mundo. Y, finalmente, me dijo que guardaría entre sus triunfos el haberse negado a irse a la cama con el fundador de Los Testaferros. Estuve a punto de largarme de ahí y tomar un autobús hasta Groenlandia, me detuvo una confesión: “Voy a casarme con el vendedor de perfumes”.

Eliminé de mi cabeza el deseo de largarme a Groenlandia y pensé en ir a matar al perfumero. Incluso, consideré pedirle ayuda a los demás testaferros para darle la golpiza de su vida. Pero lo que

me dijo después me dejó más tieso que el tungsteno: “Pero tengo una sorpresa para ti. Quiero chupártela”.

Hubo un corto circuito entre la razón y los recuerdos. Entre los genes de supervivencia que me indicaban el peligro de la palabra “sorpresa” y los impulsos testafierros de regar mi semen en los labios de Teresa. Groenlandia y la golpiza del perfumero se esfumaron y lo primero que pensé en ese momento fue en decirle que agüevo-que-desde-luego-que-yep. Pero enseguida, el orgullo (un señor que pocas veces se aparece por aquí y las veces que lo haces sólo ocasiona osos monumentales) me obligó a decirle que mi esperma no aceptaría una mamada de consuelo. Que por mí ella y el vendedor de perfumes se fueran a Groenlandia o más lejos. Que se arrepentiría de haber rechazado al líder de una banda que sería legendaria. Y ya no pude decir más porque Teresa se levantó de su asiento y salió de El Purgatorio muy indignada.

Varias semanas después tuve que tragarme vivo al señor orgullo, pedirle perdón a Teresa y rogarle esa última mamada prometida. Nunca contestó mis llamadas y cuando fui a buscarla a su casa, se negó a recibirme.

En un último intento me jugué el todo por la nada: le dejé en la puerta de su casa una de mis baladas más sentidas. Esperaba grabarla con Los Testafierros, lo cual nunca ocurrió. La canción, firmada con mi puño y letra, empezaba más o menos así:

“Si saliera nostalgia por la herida, ni la muerte podrá traer de vuelta la calma de la carne que ya envuelta dejó con la infección de su mordida”.^{xiii}

Como era de esperarse, Teresa nunca me contestó ni siquiera para maldecirme. Luego supe que se fue de Xigua y pensé que era lo mejor. Las sorpresas entre más lejos mejor, pensé. Años después, casi me atraganto cuando la vi en la televisión al recibir un disco de oro por “su inolvidable y romántico bolero”. ¿Componía boleros? ¿Recibía un disco de oro? ¿Pero ella no sabía tocar ni la puerta? ¿De verdad compondría? Yo reí para mis adentros con estas preguntas, pues imaginé el rosario de barbaridades del que

hablaría su bolero. Recordé que jamás me gustaron sus escritos y, no sin cierto coraje, que siempre le dije que eran excelentes sólo para conseguir, sin éxito, el pase de cortesía hacia su útero. Del atragantamiento pasé a décimas de un desmayo cuando un grupo tocó la mentada canción de Teresa: era la balada que yo le había obsequiado.

* * *

Luego de desintegrar la banda cada quien siguió su estrella. Cire no logró concretar su proyecto de baterías orgánicas. Actualmente se dedica al reciclaje de tereftalato de polietileno. Nunca volvió a tocar la batería, lo sé porque de haberlo hecho, la Tierra estaría un poco más inclinada. Fob terminó su carrera como arquitecto urbanista y ahora tiene un hijo, a quien le imparte una cátedra permanente de bajo. Es probable que en unos años veamos al hijo de Fob en alguna banda importante. Conste que yo lo dije primero. Ref se atrincheró en la poesía, desde donde espera a que el Maligno venga a saldar cuentas. Hasta donde sé, no escucha baladas de ningún tipo, dejó de tomar agua de coco, ha publicado varios libros y también cree que lo que escribe Teresa es malísimo. Blu, como ya les dije, es catador de agua de coco.

Y yo, sigo siendo el único testaferro en activo. Fundé la marisquería La corte de Neptuno, a la izquierda de El Purgatorio. La abrí antes de que Felipe cerrara la cantina de forma definitiva para dedicarse de lleno al whisco, al vodco y al ronco.

Antes de que lo olvide, les compartiré la receta del cebiche que se sirve en La corte de Neptuno:

Ingredientes:

- Medio kilo de filete de dorado (no trucha, recuerden, cero trucha).
- Medio kilo de camarón capturado entre abril y junio.
- Medio kilo de pulpo de siete tentáculos (indispensable que sea de siete; con el de ocho cambiará el sabor).
- 1 kilo de jitomate silvestre.
- El jugo de un 1 kilo de limón criollo.
- 200 gramos de chile bofo.
- 200 gramos de chile verde.
- 300 gramos de cebolla blanca de nueve anillos.
- Salsa Búfalo clásica.
- Puré de tomate (no confundir con salsa catsup).
- Una pizca de orégano de montaña.
- El jugo de una naranja jarocho.
- Sal de grano al gusto.
- ~~-Esperma-~~

Elaboración:

Picar el dorado y sumergirlo en el jugo de limón. Dejarlo cocer durante 22 minutos. Picar el pulpo y hervirlo con media cebolla y un poco de sal. Hervir el camarón con un poco de sal. Picar finalmente el jitomate, la cebolla y el chile.

Ecurrir el dorado del jugo de limón y mezclarlo con todos los demás ingredientes. Agregar orégano y listo.

Soy el único ex miembro de la banda que cumple con el instructivo: todavía bebo agua de coco y cerveza Zanca, orino en los lavamanos y he regado mi esperma, como una balada, en cada platillo que se sirve en La corte de Neptuno. Cada comensal que se sienta en las mesas triangulares lo ingiere y se lo lleva hacia distintas partes del mundo. Sin embargo, echo de menos que mi semen esté en muchos lados, menos en la vagina de Teresa.

Hace poco, mientras encabezaba una expedición a mi bodega de trebejos, entre discos, huaraches, cuchillos y esnórqueles, encontré un libro que primero no reconocí, pero luego, después de un subidón de adrenalina y nostalgia, lo recordé: era el ejemplar que creía perdido en El Purgatorio. Era aquel libro que recibí directamente de una bolsa de supermercado.

Ahí estaba de nuevo en mis manos, *Parábola de la desdicha*, como una nave recién bajada de la galaxia de Andrómeda. Con el corazón jimado y al borde del llanto, decidí formar un nuevo grupo. No sé qué género tocaremos, pero lo llamaré Los Desdichados. Pronto encontraré nuevos integrantes y...

Sampleos

- I De *El nombre de esta casa*, de Julián Herbert. Tierra Adentro, p. 53, 1999.
- II De *Como música de Mahler moran las tristuras de la infancia*, de Ulber Sánchez. Instituto Mexiquense de Cultura, p. 64, 2011.
- III De *Bitácora del desánimo*, de Daniel Fragoso. Consejo Estatal para la Cultura y las Artes del estado de Hidalgo, p. 55, 2008.
- IV De *Datsun*, de Xitlalitl Rodríguez. UNAM, p. 45, 2009.
- V De *Diente de león*, de Jesús Bartolo. Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, p. 92, 2009.
- VI De *No recuerdo el amor sino el deseo*, de Sergio Téllez-Pon. Quimera Ediciones, p. 22, 2008.
- VII De *Dónde tiene el hoyo la Pantera Rosa*, de Jeremías Marquines. Editorial Letras de Pasto Verde, p. 11, 2009.
- VIII De *Trenes para nombrar la soledad*, de Carlos F. Ortiz. Instituto Guerrerense de la Cultura, p. 22, 2012.
- IX De *Suave como el peligro*, de Juan Carlos Hidalgo. Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo, p. 45, 2010.
- X De *Suplencias para el nombre del padre*, de Julio César Toledo. Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas, p. 63, 2008.
- XI De *Días epigramáticos*, de Eduardo Añorve. Tarántula Dormida, p. 24, 2010.

XII De *Una perspectiva sobre relativismos y absolutismos*, de Antonio Canto. [Consultado en <http://www.lapizarradeyuri.com/2011/09/>]

XIII De *Muriendo de amor por esa perra*, de Ángel Carlos Sánchez. Antinomia, p. 11, 1999.

Historias de El Purgatorio

Crayola

Hasta el día del concierto por el reencuentro de Led Zeppelin, el mundo había sido más o menos igual: conflictos sociales, muertos, crisis monetarias, muertos, escándalos de pacotilla, muertos, calentamiento global y más muertos. Nada fuera de serie. Nada fuera de foco. Pero aquello cambió a mansalva: Robert Plant, Jimmy Page y John Paul Jones anunciaron que revivirían la banda. El lugar de John Bonhan, el único fallecido de la alineación original, sería ocupado por Dave Grohl, el baterista de Nirvana y líder de Foo Fighters.

Plant y Page, en una conferencia de prensa en Londres (transmitida en vivo a todo el mundo), anunciaron que Led Zeppelin ofrecería un solo concierto, que se llevaría a cabo en Acapulco. Nadie supo porqué chingados eligieron el puerto mexicano. Algunos opinaron que Acapulco se prestaba para un concierto con tintes jipiosos. Otros dijeron que eran decisiones netamente empresariales. Nunca hubo una explicación oficial para determinar la sede, pero en cuanto terminó la conferencia de prensa, los noticieros comenzaron a llenarse de historias sobre las caravanas que empezaron su viaje desde los sitios más lejanos del mundo para llegar a la cita: Australia, Namibia, Indonesia o Noruega.

Los fans sabíamos que sería un momento único, irrepetible. Un día para la posteridad. Y así fue. Porque ahí, justo ahí, todo se fue a la mierda.

Si tomamos en cuenta que había gente de Siberia que viajaría a Acapulco para presenciar el concierto, yo tenía motivos aun más feroces para ir: vivía en la ciudad de México. A unas 4 horas del puerto. Además, era rockero de la vieja guardia y, por si eso fuera poco, era la primera vez que salía de mi rutina, luego de que mi ex me abandonara, apenas dos años atrás.

Y así llegó el gran día. Luego de alzar mi puesto de fayuca del mercadito sobre ruedas en La Escandón, Tito pasó por mí y nos fuimos en metro hasta Taxqueña. Ahí tomaríamos un autobús de Estrella de Oro que nos llevaría hasta el puerto. Cuando llegamos a la terminal y vimos el tamaño de las filas comprendimos que estábamos ante un acontecimiento de gran calibre. Había cientos de personas. Viejos y jóvenes de todas las razas: punketos, metaleros, jipis, godínez y muchos muchos más. Todos llevaban una idea fija, la misma que yo y que otros miles en el mundo: ver a Led Zeppelin.

Dos horas después, luego de que Estrella de Oro abriera corridas extras, emprendimos el viaje. En el camino, a escondidas, nos echamos una pachita de Don Pedro que escondí entre mi chamarra. Quizá por eso, y porque además íbamos en carretera, no sentí dos sismos previos de intensidad leve. Cuando ocurrió el primero, el autobús estaba detenido en Cuernavaca. Yo ni por enterado.

—¿Sentistes? —me dijo Tito con cara de terror.

—¿Sentir qué? —le dije, mientras sacaba el vaho de Don Pedro.

—Tembló, güey.

—No mames, es el camión o ya tas pedo —atajé.

Para el segundo movimiento Tito se puso pálido como bolillo crudo: casi se atraganta con un buche del brandy. Estábamos en atravesando el puente del río Papagayo. Yo tampoco lo sentí, quizá por el licor atravesado en mi pecho o porque ya estábamos cerca de Acapulco. Alegamos un rato y Tito sentenció:

—No mames, güey, ¿y si es una señal de que no vayamos al concierto?

—Tas pendejo. Si no quieres ver a Led Zeppelin, regrésate. Yo sí me lanzo.

Aclarado el asunto, seguimos echándole.

Tres horas más tarde estábamos en algún punto de Barra Vieja, donde se llevaría a cabo el reencuentro. Aquello era un aviso: un gestión bárbaro de muchas nacionalidades iban, venían, comían, gritaban, reían, se acostaban o caminaban. De tanto en tanto había puestos de comida y bebida. De los altavoces y pantallas gigantes, los organizadores daban cifras: casi 8 millones de boletos vendidos en 54 países. Una cifra record. No era para menos: era Led Zeppelin.

De tiempo estábamos bien. Tito alcanzó a echarse unas quesadillas de cazón más caras que mi dos riñones. Yo no comí nada porque quería darle unos llegues a la mona para concentrarme en el concierto. Pero me daba algo de pena. Mas al ver que había güeyes tronando mota y quebrando piedra, saqué el tin-tín y le di tres jalones ahí enfrente de la gente. Desde la huida de mi vieja, los solventes eran lo único que realmente me relajaba. Me hacían olvidar y me provocaban ataques de risa. Antes de dejarme, mi ex se había ganado la lotería y consideró que yo no estaba capacitado para disfrutar de esa vida. Así que me dejó sin muchas explicaciones. Ver a Led Zeppelin sería parte de mi terapia, decía Tito, quien consiguió los boletos gracias a un primo que escribía en revistas de rock.

Cuando entramos a la zona donde se realizaría el concierto, nos espantó el tamaño del escenario. Era un señor escenario. Nada que ver con los del Autódromo o el Palacio de los Deportes. No señor. Era un hiper mega escenario en forma de estrella, aunque Tito dijo que parecía una piñatota. Lo cierto es que se veía espectacular. Con el monazo, yo sentía que el escenario nos quería devorar. De lejos debió notarse como una enorme hoguera, rodeada de torres altísimas llenas de luces y bocinas. Había cámaras filmando, con gente que hablaba los idiomas más raros, lo cual confirmaba que aquello era histórico. Tito y yo mirábamos aquello como lelos. Ambos íbamos con un vasote de cerveza y totalmente convertidos en hombres mono.

No sé cuánto tiempo esperamos, pero no fue mucho. Comenzaba a oscurecer cuando todo el escenario se iluminó y de las altísimas torres de bocinas salió un sonido como celestial. Luego, las luces se apagaron, pero la nota musical siguió. La vibra que se sentía en esos momentos era de otro nivel. Unos gritaban, otros reían. Yocasi lloraba.

Había llegado la hora.

La bataca del tema “Rock & Roll” inundó los millones de almas, las palmeras y todo lo visible y lo invisible. Grohl extendió el intro. Pum, pam, pum, pum. Y uno a uno, los integrantes fueron bañados por un rayo de luz. Cuando estuvieron completos, la rola comenzó y yo creo que el mundo se detuvo unos segundos.

Las cosas pintaban bien.

Cuando terminaron, los aplausos debieron durar un siglo. Bueno, no tanto. Page agradeció, con un español mochísimo, por estar ahí y por hacerlo posible.

De pronto, en el escenario apareció Marco Antonio Solís, el *Buki*. Yo me quedé de a seis: ¿El Buki? ¿Qué pedo? Plant dijo que el Buki era un “grrran mousicou mecsicano”. Los aplausos se extendieron otro siglo. Eso me puso de malas. No podía creer que en el regreso del mejor grupo de la historia estuviera el Buki. El ídolo de mi padre, era el ídolo de mi exy quizá hubiera sido el ídolo de mis hijos. Yo odiaba al Buki porque sus canciones me recordaban a mi ex, quien lo creía una especie de Dios.

Juntos cantaron “Stairway to Heaven”. Un himno. El Buki acompañó el tema con un inglés perfecto. Cuando terminaron de cantar, yo me quedé pensando un rato en mi ex y en lo que haría con su nueva vida de millonaria. Luego de dejarme, supe que había comprado un edificio de departamentos para rentar. Además, había instalado un *penthouse* en el último piso. También se había hecho la lipo, se mandó poner tetas y nalgas. Una tarde la vi salir de su edificio y casi lloré de tan buena que se veía. Nada que ver con la vendedora de Avón que yo había conocido.

Luego dejé todo eso por la paz y me concentré en el concierto para evitar un malviaje.

Jalé dos veces más la monita. Apenas imaginaba cuál sería la tercera canción cuando un tronido fuertísimo cimbró el piso. Por un momento creí que era un corto circuito o algo así. Pero no. El piso seguía moviéndose. Plant se sacó la guitarra y se echó a correr detrás del escenario.

En ese momento empezó el terremoto.

Junto al mar, un sismo debe ser la peor experiencia para cualquiera. Todos corrían hacia donde podían. Empujaban, resbalaban, caían y morían. Tengo pocos recuerdos claros de esos instantes.

Uno de ellos es Grohl antes de la sacudida. El gringo detuvo sus baquetas en el aire y se quedó quieto. Luego, su vista se clavó en el piso unos segundos y después alzó la vista al cielo. Parecía que sus habilidades iban más allá de lo musical: yo creo que presintió el terremoto.

La energía eléctrica iba y venía cuando el escenario en forma de piñatota se cayó. Los escombros mataron, casi de inmediato a todos los que habían llegado a Acapulco desde un mes antes y que se creyeron privilegiados por estar junto al escenario. Pobres.

El pánico se sentía por todos lados. Había una bruma de polvo tan densa que impedía dar tres pasos sin pisar una mano, un tubo o escombros regados. El griterío era de la chingada. Yo de miedo traía chinas hasta las pestañas. Llantos aquí, peticiones de ayuda allá y gemidos más lejos.

Tito estaba, como yo, sin palabras. Yo creo que hasta lo chemo se nos bajó. Hombro a hombro, intentamos caminar en busca de una salida, aunque no teníamos ni puta idea de dónde estaban las salidas, ni dónde estábamos nosotros.

De pronto la luz se fue totalmente. No se podía distinguir nada y aunque alguien hubiera querido hacerlo, era imposible: sólo había polvo.

De alguna bocina, alguien informó que había alerta de tsunami, que nos agarráramos de donde pusiéramos. Aquello fue la locura, pero no duró mucho porque comenzó a soplar un airazo

de aquellos. Luego hubo un silencio pesadísimo. Led Zeppelin, los millones de asistentes y toda la ciudad, callaron. La luz regresó, pero sólo por un instante porque los que seguíamos en pie, sólo vimos una ola del tamaño del papá de Godzilla.

Ya no supe más...

Desperté sofocado. Estaba dentro de un refrigerador medio lleno de agua. Sus puertas tenían una pequeña hendidura por donde entraba la luz. Abrí la compuerta y me quedé ciego con el solazo. Al medio día aquello era una olla de pozole hirviendo. Yo, por supuesto, era la carne. Salí del aparato mareado y débil. No tenía idea de cuánto tiempo había pasado, ni dónde estaba. Cuando mis ojos se acostumbraron a la claridad, vi que estaba en medio de una especie de basurero.

Tenía el brazo quebrado y una herida no muy profunda en la pierna. Pero estaba vivo. No sé cómo, pero estaba vivo. Por un momeno creí que era un malviaje por el solvente, pero hacía horas que el efecto se había pasado.

Con mucho trabajo pude caminar. A lo lejos de ese tiradero, que después supe era lo que quedaba de Chilpancingo, vi personas. Cuando llegué hasta ellos, noté que estaban igual de madreados, sudorosos y temerosos que yo.

En manada nos pusimos a caminar. Íbamos en silencio, como búfalos perseguidos. Jamás volví a ver a un bombero, un policía, ni a Tito. Ya no existían calles, colonias o puentes. Parecía que una avalancha se había internado tierra adentro, destruyendo todo a su paso. El panorama era desolador. Por todos lados se veían charcos, montones de escombros y olores horribles.

Caminamos toda la noche y el amanecer nos sorprendió. La mayoría arrastrábamos los pies del cansancio, pero nos negábamos a descansar. Sólo seguíamos nuestros pies que, a veces, toman mejores decisiones que la cabeza.

Cuando el sol calentó un poco, pude notar que un greñudo era mi compañero de huída. A pesar de que su zancada era grande, la achicaba para seguir mi paso. Al observarlo un poco más, vi que

transitaba con el torso desnudo y apretaba un objeto entre sus manos, supuse que era una imagen religiosa. Llevaba los brazos al pecho, como para darse consuelo y de sus labios escapaba un susurro, no sé si tiritaba o soltaba una oración.

Observé que de la cintura para abajo sólo traía un short y un tenis Vans. De la entrepierna le escurría un rastro de humedad que, adiviné, eran orines. Verlo caminar con dificultad y por la fe con la que besaba al objeto entre sus manos, me ablandó el llanto.

Al final del día, nos tumbamos bajo un árbol medio seco. Estábamos lacios de cansancio, pero vivos. De pronto, alguien del grupo comenzó a llorar. Lo hacía como cualquier niño que pierde el biberón. Habíamos perdido mucho más que un biberón. No teníamos casa, familia, ni trabajo. La desesperanza nos contagió y uno por uno, nos sumamos a la lloradera. Hasta el greñudo, quien entre suspiro y suspiro gruñía “gat gat, gat”, por lo cual supuse que además de greñudo, era gangoso.

No supe a qué hora caí dormido. Al despertar y mirarme acurrucado junto a una bola de desconocidos, me hizo sentir menos desgraciado.

Pasaron muchos días de los que no hay mucho que contar. Solo puedo decir que conocí a los demás sobrevivientes. Éramos poco más de 15 personas, pero con ese aspecto, nos veíamos como yetis de alcantarilla.

Había una cajera de un centro comercial, un mecánico de vehículos diesel, dos estudiantes de ingeniería, un viejo con un ojo lleno de nube, cuatro burócratas de oficina de gobierno, un taxista del aeropuerto, un aprendiz de talachero, un carpintero y dos albañiles, una enfermera y un greñudo a quien el sudor le limpió el polvo y dejó ver algunos tatuajes que se me hicieron conocidos. Eran los tatuajes de Dave Grohl.

Entonces hubo luz en mi mente: aquel melenudo era el mítico baterista de Nirvana. El mismísimo, legendario y famoso Dave Grohl estaba ahí, a mi lado, con aspecto de polvorón y mirada perdida. Con la manga de mi camiseta le limpié el rostro y confirmé,

casi con lágrimas en los ojos, que era el líder de Foo Fighters. No traía identificación, dinero, ni pasaporte. Nada. Luego comprendí: ningún músico verifica que traiga su cartera al subir al escenario.

Informé a los demás de mi hallazgo, pero nadie mostró emoción. Nadie de ellos había ido al concierto.

—¿No me creen?

—No es eso. Dijo el viejo con el ojo nebuloso. ¿Pero en qué nos beneficia que ese greñudo esté aquí?

—Cómo que en qué nos beneficia. En Mucho. Es Dave Grohl. Hay empresas y miles de personas que quieren saber de él. Si lo rescatan, también nos rescatarán a nosotros.

—¿Y quién nos rescatará? Hemos caminado varios días sin ver gente viva. Además, cómo piensas avisar si no hay teléfono, ni electricidad. No sabemos hasta dónde afectó el tsunami ¿Y si somos los únicos sobrevivientes en el mundo?

La realidad me pateó de imprevisto: no había electricidad y por lo tanto, la comunicación electrónica estaba suspendida, incluyendo la telefonía celular. ¿Cómo lograría decirle al mundo, o a lo que quedara del mundo, que Grohl estaba junto a mí, loco y miado?

No supe qué decir. O quizá no quise decir nada, porque entre tanta desgracia, al menos había un pequeño momento de felicidad: conocer en persona a un *rockstar*.

Pero Dave Grohl ya no era una persona. Ahora era un tipo mugroso que sólo apretaba las manos contra su boca y repetía su cantaleta: “gat, gat, gat”. Y por más que le hablaba y le hacía señas, no logré atraer su atención, ni arrancar otra palabra que no fuera “gat”. Tampoco pude ver el objeto entre sus manos. Estaba ido. Bien ido. Ahí pensé que era un milagro que yo estuviera cuerdo, por todo aquello y también por el solvente.

Grohl murió varios días después. Nadie supo por qué. Caminábamos por un averdeado terregoso cuando el greñudo se desplomó como castillo de arena. Nos acercamos, creyendo un desmayo. Pero ya no se podía hacer mucho. La enfermera me dijo a mansalva que a lo mejor su corazón no había aguantado tanta impresión. Alguien

dijo que eso era posible, “vayan ustedes a saber qué tanta madre se metió este roquero mariguano”.

Fueron inútiles mis ruegos para llevarnos el cuerpo. “Seguro que nos darán mucha lana”, justifiqué. “Pues si vale tanto como dices, cárgatelo”, respondió el viejo.

Me tragué mi orgullo y tiramos a Dave Grol en una de las tantas zanjias abiertas por el terremoto. No fue el primer caído, ni el primer cadáver que echamos en las zanjias. Cuando vi su cuerpo rodar zanja abajo, sentí que ahí también iba mi última oportunidad de salir de fayuquero y volver con mi ex. Para colmo, el objeto entre sus manos que tanto me intrigaba resultó ser una crayola roja. Pinche Dave loco, pensé, sin embargo, la guardé como recuerdo.

Luego perdí la noción del tiempo. Vagamos y vagamos. Comíamos restos de comida que hallábamos entre las casas derrumbadas. A veces nos iba bien, pero la mayoría de las veces apenas encontramos unas cuantas latas. Además, conforme pasaban los días, aumentaba el olor de la carroña en casi cualquier parte. La enfermera nos aconsejó alejarnos de cualquier charco, pues aseguró, enfermaríamos y en una situación de desastre, lo menos que debes hacer es enfermarte.

Pasaron varias semanas (según mis cálculos). Parecíamos una tribu de cavernícolas. La energía eléctrica nunca volvió, ni la telefonía. Las únicas personas que nos encontramos estaban muertas y comenzamos a hacernos a la idea de que tal vez no quedaban más mexicanos después del tsunami. Yo de vez en vez pensaba en mi ex, aunque sabía que lo más seguro es que estuviera muerta. A ratos me hacía a la idea que de haber seguido juntos, estaría viva. Todo por el pinche dinero, era la frase con la que cerraba esas cavilaciones. Era en esos ratos que echaba de menos a una mona. Aunque nomás fuera un jalón.

Una tarde, unos hombres armados nos salieron al paso cuando bajábamos de un cerro achatado.

—Alto en nombre del Ejército de la Reconstrucción. Dijo un barbón con machete en mano.

Encontrar gente viva nos tomó por sorpresa. Pero al ver las armas no sabíamos si reír o romper en llanto.

—Nosotros somos sobrevivientes. Respondió alguien, nervioso, atrás de mí.

—¿Pa dónde van? ¿De dónde vienen?

—Oiga, llevamos semanas vagando como pendejos. Perdimos todo con el tsunami ¿usted cree que sabemos hacia dónde vamos?

—No me levante la voz. Son preguntas de rutina.

—Qué rutina ni qué la chingada —atajó la enfermera—. Necesitamos ayuda, varias de estas personas están enfermas o en shock. No hemos encontrado un hospital, un policía o alguien que nos diga qué debemos hacer. Nada.

—Ya no hay más guachos. Ya no hay más gobierno. Todo se perdió con el tsunami. Pero gracias al Jefe B hemos encontrado el camino. Él nos dijo cómo organizarnos y con su ayuda estamos levantando un nuevo país. Si están dispuestos a sumarse a la causa, podemos llevarlos a nuestro refugio, ahí tendrán techo y comida a cambio de trabajo.

—¿O sea que seremos esclavos del mentado Jefe B? —dijo el viejo del ojo nebuloso.

—Tómelo como quiera, anciano. Yo ya le dije lo que podemos darle y lo que queremos que nos dé. Lo toman o lo dejan.

Sólo un loco habría despreciado aquella oferta. Si hubiera aparecido Nerón y hubiese ofrecido la mitad de eso a cambio de que nos achicharráramos en una fogata, habríamos aceptado sin chistar. Luego de pasar lo que padecimos, yo sólo quería un poco de civilización, comida, techo y quizá una mona. No más.

—Sígannos —ordenó el machetudo.

Tras de varias horas de caminata, llegamos a un enorme campamento construido alrededor de una explanada que tenía como custodios a una hilera de ahuehuetes llorones. No había mucha gente, pero la que estaba, iba de un lado a otro, sin mirarnos. Desde alguna bocina se escuchaban notas musicales que tardé en reconocer. Había jardineras limpias y vehículos estacionados. A

diferencia de nosotros, ellos se veían limpios, incluso podría decir que hasta felices.

—Bienvenidos a Nueva Tenochtitlan —dijo el barbón.

—¿Nueva qué? —contesté incrédulo.

—Nueva Tenochtitlan. Nuestra nueva tierra y si ustedes quieren, pueden ser parte de ella.

Nos explicaron que el temblor y el posterior tsunami arrasaron con tres cuartas partes del territorio mexicano. Casi todos los estados del norte se hundieron. Ahora la playa llegaba hasta Toluca. Toda la frontera sur también se había hundido. Según nos informaron, del antiguo territorio, sólo quedaba algo de Guerrero, Estado de México, Hidalgo y Tlaxcala. Me asombró que hayamos caminado tanto sin encontrar el mar. Era probable que gran parte del resto de América y del mundo, también estuviera bajo las aguas. El único modo de comunicarse era una radio vieja de banda civil, mediante el cual esperaban respuesta desde hacía 4 meses y medio, sin resultados.

Indicaron que el Jefe B también había sobrevivido al tsunami y que luego de vagar, encontró el sitio exacto para fundar la mentada Nueva Tenochtitlan.

—Oiga, y porqué no intentaron contactar al gobierno o al Ejército.

—Mi amigo. Del país en el que vivimos hasta hace poco, no queda nada. Nada. Entienda. Nada de nada.

Nos quedamos bien pendejos por la revelación. Todos, en el fondo, esperábamos un rescate y el regreso a una vida más o menos similar, a la que llevábamos hasta antes del desastre. Todos nos negábamos a creerlo. Todos comenzamos a llorar. Hasta ese momento me cayó el veinte que la huida de mi ex, que el temblor, que la muerte de Tito, que la crayola de Grohl y que ese extraño campamento no era un sueño.

Al día siguiente, el machetudo nos dijo:

—El Jefe B quiere verlos para darles la bienvenida.

Salimos en fila hacia la explanada. La curiosidad por conocer

a este nuevo líder nos carcomía. Justo nos terminaron de formar, cuando un auto se estacionó y de ahí bajó una figura conocida. Era un tipo vestido con un impecable traje blanco, con barba crecida y melena, primero pensé que era John Lennon, pero luego recordé que: Lennon había muerto hacía muchos años. Entonces lo reconocí: Era Marco Antonio Solís, el *Buki*.

—Bienvenidos a mi pueblo. Al futuro del hombre. Donde viviremos en armonía, sin corrupción, hermanos sólo con el amor al prójimo.

Yo no pude evitar una carcajada, la cual casi se convirtió en una especie de infarto, cuando vi bajar del coche a mi ex. Sí, la mujer que yo creía aplastada bajo los escombros, estaba en ese pedazo de país, junto a su ídolo, el mismísimo Buki. Sí, la envidiosa que no quiso compartir conmigo la lotería, ahora era la concubina del líder del último intento de comuna. Pero la muy perra no me reconoció o no quiso reconocerme, sepa. Lo cual me encorajinó aún más.

—¡Lo saludamos, Jefe B! —gritaron sus seguidores, como idiotizados.

—Pinche Buki loco, ¡vete a la chingada! —le grité, furioso.

Me lancé hacia él, pero los guardias me atraparon antes de que llegara al cantartorzuelo. Me tiraron al piso boca abajo y el machetudo hizo que alzara la vista de las purititas greñas. Mis compañeros de grupo veían todo como idos. Algunos hasta reían.

—¿Lo sacrificamos, Jefe B? —preguntó el machetero.

—Claro que no, mi hermano. Debemos dejar que el espíritu de la reconstrucción lo invada. Llévelo a la cámara de conversión.

Temí una muerte lenta o torturas de judicial. Por eso, en un último intento, le pedí ayuda a mi ex. No finjas que no me conoces, bramé. Pero ella ni se inmutó. Sólo dijo: “en mi vida he visto a este hombre. Llévenselo”.

De nada sirvieron mis gritos, mis lágrimas, mis mentadas de madre. De nada. Me metieron a una pequeña y oscura celda, donde sólo escuchaba canciones del Buki. Día y noche. “pues me voy de aquí sin lado izquierdo, que es donde te tuve junto a mí...”.

Entonces comprendí por qué todos los del campamento andaban barbudos. “No niego, es muy cierto que pequeño siempre fui, para lo grande que tu siempre fuiste para mí...”. Por qué lo seguían como zombis. “No quiero ver que mi vida se fue y tú haciéndome falta...”. Pues el Buki les lavaba el coco. “Fuimos cayendo, poco a poco, en la rutina cruel...”.

Todos los días, me llevaban a una capillita donde el Buki tiraba netas sobre el futuro, sobre el amor y sobre los hombres. Sus súbditos, aplaudían y lloraban con sus palabras. Una cosa de miedo y risa, como de malviaje.

Decidí escapar. Si de todos modos iba a morir, no sería en aquella iglesia Bukista, cuya sacerdotisa era la piruja de mi ex mujer.

Una mañana, a gritos juré fidelidad al único y omnipresente Jefe B. Los guardias corrieron a ver al machetudo, quien con lágrimas de quinceañera, abrió la celda y me abrazó. Bienvenido hermano, dijo. En un movimiento rápido, lo tomé por el cuello y le di un codazo. Los custodios no esperaban una reacción de ese tipo. Antes de que tomaran sus armas, ya les había tasajeado los brazos con el machete.

Comencé a correr, primero por el campamento hasta salir al monte. Antes moché una pierna, dos cuellos y una clavícula de algunos bukizombis. Corrí sin ver atrás, a pesar del griterío que se oía y a pesar de unos cuantos balazos. Corrí con el machete por cerros y barrancas. Corrí día y noche hasta que el machete desapareció de mi mano. Corrí hasta que ya no pude más y me oculté en esta cueva, donde he pasado no sé cuánto tiempo.

A veces creo oír la voz de Tito, los gritos de los bukistas, el murmullo de una calle, una ambulancia o la música de Led Zepelin. Y me invade el miedo. Porque sé que muy pronto me encontrarán y quizá me sacrifiquen en honor al pinche Jefe B y a la zorra de mi ex. Tal vez me rebanen al ritmo de una de sus canciones. Por eso he escrito toda esta historia en las paredes de la cueva con la crayola de Dave Grohl que, viéndola bien, parece un dedo de Tito.

Nieve de mango

En aquel tiempo debía tener unos treinta años, aunque yo me sentía como de cincuenta porque además de subempleado de periodismo, debía medio año de renta y la casera me apolillaba todas las mañanas. Una cosa bien triste, como de telefilme venezolano. Pero todo cambió una tarde en la que me avisaron que una fundación me había otorgado una beca para escribir un libro de crónicas.

Gracias a una crónica sobre las palomas de campanario que publiqué en *El Sol de Tequisquiapan*, la cual fue muy comentada, conseguí cierto reconocimiento entre el gremio local, entre algunos fanáticos de la preservación animal y uno que otro funcionario de tercera. Fue tan popular que hubo algunos compañeros que me animaron a meterlo al concurso de crónicas de la fundación. El resultado no sé cómo ocurrió, pero lo gané.

De ese modo, tomé la mochila donde guardaba mis pertenencias más valiosas, le dije a mi casera que iba por cigarros a la esquina y me mudé a un pueblito de Acapulco, llamado Barra Vieja.

No es que yo adorara las playas, no. Pero la fundación me había dado dos opciones para irme a vivir: el DF o el pueblito de Acapulco. Lo idóneo era estar lo más lejos de Tequisquiapan y de mi casera. De modo que opté por Acapulco, aunque para eso tuviera que comprar chancas, bermudas y repelente de mosquitos. Algo que no usaba ni de relajo en mi pueblo de procedencia.

Por aquella época, mi sueño de convertirme en cronista había mutado a pesadilla: se trataba de un proxeneta musculoso y cruel que me golpeaba todo el día. “Aver, pendejo, ¿cuánto has escrito hoy? ¿Qué crónica leíste?”. Mi autoestima soportaba todas aquellas humillaciones sin chistar, pues soñaba con escribir a cuatro manos con Juan Villoro o Alejandro Almazán. Una cosa bien guajira.

Quien me recibió en Acapulco fue el calor. Una temperatura ideal para derretir cera o soplar vidrio. Pero no para escribir. Eso fue mi primera impresión, junto con varios arroyos de transpiración. Aquí el sudor es un capataz ojeado y despiadado, por eso hay que huirle y buscar sombra.

Cuando bajé del taxi que me llevó desde la central de autobuses, pensé que la dirección que le había dado no era la correcta: se trataba de una preciosa casa de madera, con porche al frente. Aunque era pequeña, sus dos pisos la volvían gigante, comparada con el cuartucho que rentaba en mi ciudad.

Encambio, este chaletito era un encanto. Incluso, a pesar de la gran puerta principal custodiada por dos faroles de lo más pinche ridículo y a pesar de que hasta el aire se sentía salado.

Mi nombre estaba pegado en la puerta junto con un sobre color mostaza. Lo abrí. Se trataba de un texto de bienvenida y algunos requisitos que debía cumplir con la fundación. Uno de ellos era “Se prohíbe terminantemente al becario comerse los mangos”. Por un momento creí que se trataba de un guiño críptico, pero cuando recorrí toda la casa, descubrí el amplio patio trasero donde brillaban catorce árboles de mango cargados de maravillosos frutos; caí en cuenta que aquello era un trampa para perder la beca. Nunca jamás he visto mangos tan hermosos: eran enormes y jugosos (lo supe después, cuando perdí la beca). Y no creo que haya escritor, licenciado, médico o ser humano que hubiese podido resistirse.

Me eché otro rato más pensando en cuál habría sido el requisito de la fundación, de haberme ido al DF: “Se prohíbe terminantemente al becario comer tacos”, leería, mientras el olor de catorce taquerías vecinas me cercenara la nariz.

Entré a la casa y, para mi fortuna, había aire acondicionado. Los muebles eran nuevos, sencillos pero elegantes. Casi todo era madera de ciprés (yo no lo sabía, obviamente, pero en el texto de bienvenida me lo explicaban). Había una salita súper cómoda. En la parte de arriba, la recámara tenía un gran ventanal que daba a una preciosa terraza, desde donde se veía, a lo lejos, el mar, me instalé y no habría despertado ni aunque Madonna me llevara serenata.

Al día siguiente, mientras preparaba café en una bien surtida cocineta, tocaron la puerta. Abrí. Era una señora morena que se presentó como enviada de la fundación para ayudarme con los quehaceres y prepararme la comida. Agradecí al destino por aquel gesto que yo no había tomado en cuenta y pensé en la cara de mi casera al descubrir que no había llegado a dormir.

—La fundación desea que usted no se distraiga —dijo doña Chayo, mientras almorzaba arroz, pescado frito, frijoles y jugo de toronja.

En ese momento sentí que me estaba convirtiendo en un cronista de verdad. Pronto llegaría mi primer pago y, con él, la posibilidad de salir de la semipobreza en la que me tenía sumido el periodismo ranchero. Incluso, la posibilidad de invitar a comer a Diego Enrique Osorno no sonaba tan disparatada. Podría invitarle una botella de vino y platicar sobre la obra de Jon Lee Anderson.

Pero otro tema de conversación me movió el tapete:

—Joven, ¿no escuchó nada en la noche? —me dijo, temerosa, doña Chayo.

—¿Escuchar qué?

—Pues, cosas, pues.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—Mmm, pues. Olvídelo, joven.

—No, doña Chayo, dígame qué pasa. —Lo primero que me vino a la mente era la imagen de mi casera afuera de la puerta, alumbrada por los faroles ridículos, exigiendo lo de la renta. El hambre se me fue.

Doña Chayo puso cara de “Chin-para-qué-abrí-mi-bocota” y habló:

—Mire, joven. A mí no me crea, pues. Pero dicen que en esta casa espantan.

El hambre me regresó de súbito. ¿Espantos? Conque eso era, pensé. Le dije a doña Chayo que yo no creía en espectros, ni vainas paranormales, incluso le recordé que como cronista profesional, la ética me impedía dar por ciertos rumores infundados. Sobre todo, rumores de un tema bastante cuestionable. Ya no me acuerdo si también le recité algunas frases de Kapuscinski, pero sí recuerdo su cara de burla cuando me respondió:

—Bueno, joven. Pues allá usted.

Un mes después, ya no recordaba aquel episodio. Recibí mi primer remesa de la fundación, me compré algunos libros y varias botellas de vino. Obvio, ni siquiera pasó por mi mente pagarle a mi casera.

Envié algunos textos a la fundación y recibí comentarios muy positivos. Los tutores me animaron a seguir y auguraron un futuro exitoso. Mi camino a la fama se achicaba.

Hice amistad con los que habitaban las cabañas vecinas. Resultaron ser becarios de otras fundaciones para los más extraños proyectos. Había un tipo que obtuvo una beca para fotografiar animales muertos junto a la carretera. Me mostró una asquerosa colección de imágenes de caballos, vacas, tortugas, gatos y lagartijas atropelladas. También conocí a una chica que su proyecto consistía en hacer música con el sonido de gotas de agua. Seguramente, para ellos mi libro de crónicas viajeras era una tomada de pelo, pues ni siquiera conocían a Juan Villoro.

Sin embargo, solíamos reunirnos algunas noches en la playa cercana, donde encendíamos fogatas, bebíamos y conversábamos.

Una noche que regresé a casa, luego de tararear melodías hechas con gotitas de agua y varios litros de vino, sonó el teléfono. Ni siquiera me había dado cuenta de que en aquella casa de madera había teléfono. Contesté y de inmediato la reconocí: era mi casera.

—Buenas noches, ¿sería usted tan amable de comunicarme con el licenciado Diego D. Montesco?

Evidentemente ella no había conocido mi voz, trastocada por la bebida y el clima de Acapulco. Decidí jugarme el todo por el todo.

—No sería ninguna molestia, apreciable señorita —yo sabía que era madre de tres aborrecibles chamacos, pero adoraba que le dijeran señorita—, pero lamento informarle que marcó al número equivocado.

—Qué equivocado ni qué la chingada, ¿cuándo me vas a pagar, Diego? ¿Cuándo?

La convencí que me había ido becado a Acapulco (aunque después recapacité: ¿quién puede creerte que vas a Acapulco a trabajar?), no para siempre y que con la primera remesa le depositaría lo de la renta. También le dije que le pagaría por adelantado varios meses, lo cual le bajó el coraje. Al final, me despedí con un “buenas noches” y un “cuídese mucho” que en realidad llevaban intrínseco: “váyase mucho a chingar a su madre, pinche vieja culera, hija de perra”. Seguro ella hizo lo mismo.

Me lavé los dientes y terminaba un cigarro, ya recostado en la cama, cuando un ruido en la parte baja de la casa hizo que me incorporara. Al principio no pude notar qué diablos era. Era como un murmullo sordo y gutural. Mi mente buscaba entre miles de figuras qué rostrotendría el responsable de aquel horrible sonido. Primeropensé en ratas, tlacuaches o murciélagos. Luego recordé las palabras de mi casera y el pellejo se me aguadó. Pensé en seres de ultratumba, muertos vivos y almas en pena. En eso volví a escucharlo, pero esta vez con más fuerza. Era como un rugido sordo, como el grito encerrado de una bestia. Presa de miedo, me levanté en la cama y tapé mis oídos con la almohada. Temblaba como gargajo, con la nuca erizada y los ojos abiertos, casi sin parpadear. Así permanecí casi toda la noche: en vela y con el miedo arañándome el rostro. Aquel ser horrendo nunca se apersonó en mi cuarto, pero rugía y rugía y a ratos hacía como gárgaras. Casi al amanecer, el ruido se aplacó.

No salí del cuarto hasta que escuché llegar a doña Chayo.

Cuando acabé de contarle mi calvario, la señora, comprensiva, me dio una explicación:

—Estos terrenos eran de una familia de campesinos filipinos. Había un cacique que estaba obsesionado con sus tierras. Las quería a como diera lugar. Pero los filipinos no tenían planes de venderlos: era tierra fértil que, junto con sus ganas de trabajar, lograban cosechas enormes de café, maíz, frijol. Carcomido por la envidia, el cacique llegó un día junto con sus peones y mató a toda la familia, que era de catorce integrantes. Con los años, crecieron catorce árboles de mango; se dice que son las almas de aquella pobre gente. Por eso se dice que en este lugar espantan.

Cuando acabé de escuchar la historia, pensé en regresar a casa y lidiar con la odiosa de mi casera, en vez de soportar los espectros de catorce campesinos filipinos (entonces entendí por qué los sonidos eran inentendibles: eran fantasmas extranjeros). Pero luego salió a relucir mi orgullo: ¿cómo iba a regresar derrotado, yo, la joven promesa de la crónica? ¿Juan Villoro accedería a prologar mi libro, sabiendo que había huido de una casa embrujada?

Decidí quedarme.

Los sonidos de ultratumba no eran frecuentes. Pasaban días o hasta semanas sin que se manifestaran. Me acostumbré a su compañía. Incluso, descubrí que los sonidos provenían de debajo de la casa. Iban y venían. Como almas aprisionadas.

Quedé petrificado al investigar que en Filipinas hay más de 150 idiomas y que identificar algunos sonidos me llevaría dos vidas y media. Me fui a internet, donde una noche, luego de varias horas de escuchar los ruidos y subirlos a una plataforma traductora, descifré una frase: “kumain ng mangga”, es decir, “come mangos”.

No supe si era advertencia, sentencia o hechizo, pero lo hice. Empecé a comer mangos. Pero muchos, muchos, mangos. Cortaba canastos de los catorce árboles y me los comía a escondidas de doña Chayo. Los frutos eran una delicia: a la primera mordida, una cascada de jugo escapaba de mi boca y tenía que aspirarla para que no cayera al piso. Desde un principio, para que la fundación no hallara evidencia de mi delito, comencé a tirar los dese-

chos de los mangos por el inodoro, pues supuse que, de tirarlos al cesto, de inmediato se iban a percatar.

Así viví durante dos meses, comiendo mangos, descifrando sonidos de fantasmas filipinos, bebiendo con mis vecinos becarios en la playa y escribiendo mi libro de crónicas. Una gozada.

Pero una mañana, mientras tomaba el café, el cartero hizo sonar su silbato y aventó un sobre por debajo de la puerta. Era una carta de la fundación. Me informaba que una comitiva me haría una visita la siguiente semana para dos cosas:

1. Debido al cumplimiento de los lineamientos con la fundación, procederíamos a la firma de un contrato para publicar el libro con una editorial de gran calado. La fundación tendría los derechos y movería el libro, pero, a cambio, me llevaría a muchas presentaciones por todo el continente (eso dijeron). Al acabar de leer aquello, alcé los brazos como lo hacía Hugo Sánchez luego de anotar.

2. Junto con la comitiva, iría el mismísimo Juan Villoro, que para conversar conmigo sobre la experiencia de escribir crónicas y a partir de aquello, elaborar el prólogo de mi libro. Volví a alzar los brazos luego intenté darme una maroma sobre el sillón de la salita, como lo hacía Hugo Sánchez luego de anotar.

En el último párrafo, la fundación escribió: “Valoramos mucho el cumplimiento que le ha dado a la cláusula de no comerse los mangos”. Me quedé petrificado, como si Hugo Sánchez hubiera fallado un penal para definir un partido mundialista. Fui corriendo al patio trasero y vi los catorce árboles de mangos. No había mucha diferencia entre el número de frutos que había encontrado a mi llegada y los que permanecían hasta ese momento. Además, los desechos de cada mango se habían ido por el excusado. Nadie se daría cuenta. Ni doña Chayo, pues, de lo contrario, la fundación ya me habría avisado de la cancelación de la beca. Para evitar problemas, ese día dejé de comer frutos.

Me preparé a conciencia para el encuentro con Villoro y para la firma del contrato. Me vi varios años adelante, viajando por todo

el continente en aviones de primera clase, impartiendo conferencias sobre la crónica moderna. En varios escenarios compartiría mesas con mis ídolos y con otros cronistas que envidiaba nomás por ser excelentes. También me vi aventando un cheque con una suma muy superior con mi adeudo con la casera, nomás por el gusto de decirle: “Por las molestias que le ocasioné, quédese con el cambio, pinche vieja ambiciosa”.

La noche antes de la fecha pactada, los fantasmas filipinos volvieron con tal intensidad que interrumpí la lectura de una especie de discurso que preparaba para Villoro y para la fundación. La fuerza del rugido parecía que iba a romper la duela del piso. Volví a perder la confianza que le había tomado a aquellas manifestaciones espectrales. De nuevo sentí miedo. Mucho miedo. Hasta sentía que las tablas se movían, como si un monstruo estuviera a punto de abrirse paso entre la madera, gritando como engendro del infierno.

Intenté descifrar sin éxito algunos de los lamentos. Me ganaba el terror de saber que finalmente vería a alguno de los espectros de los catorce campesinos con sus ojos de rendija. No sé si fueron los nervios, el espanto o el cansancio, pero no pude más y caí dormido.

Cuando desperté, ya era de día. No se escuchaba ningún ruido de los fantasmas y faltaban menos de cuarenta minutos para la cita con Villoro. En cuanto estuve bien despierto, subí corriendo a la recámara para acicalarme para la cita de mi vida.

Antes de entrar a la regadera, cagué como tifoso, quizá producto del miedo la noche anterior y de los nervios. Cuando bajé la palanca del inodoro, un estruendo como de una explosión se oyó en la parte de abajo. Toda la casa se cimbró y yo caí al suelo, presa del horror. Pensé en los fantasmas, pero luego, un sonido bien conocido comenzó a escucharse en la parte baja del chaletito. Era el sonido del agua.

Bajé corriendo por las escaleras y vi con horror que el piso estaba abierto como un enorme cascarón, de la grieta manaba un borbollón de aguas negras. El olor era aniquilante.

Me tapé la nariz para no vomitar. Luego, como espectros de ultratumba, de entre el hontanar de mierda y agua puerca, salieron

los restos de las decenas de mangos que me había comido. Todo aquello comenzó a inundar la cocineta, la sala y escurrió hacia la puerta principal. Antes de que el nivel del agua subiera más, subí por mi mochila y huí. Comprendí que la historia de los fantasmas era una invención popular para justificar una pésima instalación hidrosanitaria; que la fundación no sólo cancelaría la beca, sino que me obligaría a pagar los desperfectos y, finalmente, que Juan Villoro me odiaría hasta la muerte por darle esa asquerosa bienvenida. También comprendí que nunca sería cronista, que tendría que lidiar con mi casera mucho años más. Comprendí que los mangos y los fantasmas no se mezclan. Volví a Tequisquiapan, donde abrí una nevería. Mi especialidad, debo decirlo, es la de mango.

La venida del fin del mundo

*Como si mañana el mundo terminara,
como si fuera la última vez*

Bronco

El día que se secó la bahía de Acapulco, un señor terremoto desplomó la fachada del Oxxo, que hasta ese momento era mi *alma mater*. Esa noche, también, Marcela aceptó darme un wawis por primera vez.

Como ahora ya es del dominio público todo lo ocurrido con el mar, les contaré de mi triste conchabamiento con Marcela.

La conocí un domingo en un camión tatuado con motivos chocarreros —en el parabrisas decía: Gato negro—, que cubría la ruta Cici-Caleta-Caletilla. Igual y aquello era un augurio de todo lo que pasaría, pero yo sé mucho de asuntos esotéricos.

La noche de noviembre aún dejaba ver el crepusculillo en el horizonte y el mar caracoleaba tranquilo en playa Condesa, cuando ella subió al vehículo. Como iba sentado casi hasta adelante, pude verla bien de pe a pa. Lo primero que le miré, debo confesarlo, fue su ridículo bolso. Era una cruz entre veliz y morral de colores cenizos que desentonaban feamente con las camisas floreadas, coloridas sandalias y gorras multicolores de los piripituches que íbamos en ese armatoste.

Superada la burla de la petaca, la escaneé de arriba a abajo: le faltaban tetas y culo, pero le sobraba greña y valor para salir a la calle con esa horrible talega. Un tanate de ixtle se le hubiera visto más decente.

Cuando el camión pasó por el asta bandera, le avisé al chofer de mi bajada y el vehículo se detuvo frente al parque Papagayo. Marcela bajó antes y comenzó a caminar hacia el jardín. Yo iba detrás y me di cuenta que era media cuarranga, debo aclarar. Antes de llegar a los juegos mecánicos sus escurridas piernas comenzaron a parecerme succulentas, tal vez por el color de sus zapatos.

Sin detener su andar, metió la mano en el bolso en busca de no sé qué. Sin que se diera cuenta, algo cayó de aquella fea petaca y lo recogí. Era un teléfono celular de carcasa azul. Como no me imaginé usando ese cachivache, la alcancé para entregarle el aparato, y ella, de la sorpresa a la risa, agradeció mi honradez. Entonces le miré la boca y me pareció de las bocas más lindas que había visto. Parecía que aquel par de labios no estaba hecho para hablar o comer, sino para contemplarlo y ser besado. O al menos eso creí en ese momento.

Nos despedimos. Marcela se desvió hacia el estanque de los peces de colores y yo seguí mi camino rumbo al Oxxo, donde trabajaba medio turno para pagar la escuela de computación. A esa hora, en el parque había muchos padres cansando a sus hijos con bicicletas o patines, con resultados adversos; gente atraída por el ejercicio con ansias ilusas de bajar la lonja y parejas en lo oscuroito, tupiéndole duro a la arrechera, como ordena la madre naturaleza.

Al llegar a la tienda, me puse la camisola colorada y comencé a limpiar el área del café chirrío y los insípidos perros calientes, acertadamente llamados Vikingos. Mi parna Benito hacía el corte de caja.

Cuando acabó, el parna hizo una seña que no era otra cosa que “ven, jijuelachingada”. Al acercarme, Benito apuntó con el dedo al monitor para que viera. Leí “425 pesos”. Alzó el dedo pulgar en señal de victoria. Era nuestra ganancia. Desde que habíamos entrado a trabajar comenzamos a robar el redondeo de las cuentas de los clientes. Como casi todos aceptaban dar 20 o 50

centavos “para los niños pobres”, era mucho lo que se reunía, pero a la gerencia reportábamos que la gente no le entraba al borneo. Como los clientes tiraban el ticket, no se daban cuenta de la tranza. Si la cuenta de un fulano era de \$12.50, lo subíamos a \$13. Si era de \$21.25, se convertía en \$22. Y así, tostoneando, hacíamos la roncha. Al final de la quincena, mi pago salía casi libre.

Yo estaba agusto con el trabajo, con la robadera y con el hecho de que la gerencia de la tienda me diera bonos de puntualidad y eficacia. Sin embargo, yo no sabía que el salario que percibía era casi miserable y que mi situación laboral era infame. Pero en esa época era feliz, porque no la hacían de tos con los permisos, ni con la mercancía que nos embolsábamos de vez en vez. Por eso el Oxxo era mi *alma mater*.

Benito se fue a descansar y comencé con la jornada. Vendí 14 paquetes de chicles, siete vasos de café, 45 latas de coca cola, 11 cajetillas de cigarros y muchísima lana en tiempo aire. Como a la hora y media Marcela entró al Oxxo y carrangueando se dirigió a la caja. Pidió \$20 de crédito para el celular de carcasa azul y al darme su número, me reconoció. Nos presentamos y ella agradeció de nueva cuenta que le devolviera el teléfono. Dijo que era “de los buenos”, cosa que no le creí, pero no dije nada porque contemplaba su boca mientras hablaba. Incluso, no recuerdo haberle visto la fea maleta. Cuando se despidió, yo tenía su número y ella el mío.

Dos semanas más tarde, en el parque Papagayo, ya fajábamos cerca del área de las guacamayas. Para ese tiempo ya nos habíamos besado hasta por debajo de los pies. Cogíamos a cualquier hora, siempre y cuando se pudiera. En la playa, en el parque, en moteles, en el cine o en la bodega del Oxxo, que era donde nos gustaba más, porque había aire acondicionado y no pagábamos nada.

Sin embargo, había tres cosas que no me tenían contento:

1. El dinero ya no me alcanzaba.
2. Marcela se negaba de forma rotunda a chuparme la Chulota, como yo llamaba a mi verga.
3. La tercera era acordarme de las dos anteriores.

No es que sea pervertido, pero una chupada no se le niega a nadie. Sobre todo, si juras amor intramuscular. Además, yo ya le había chupado la pepa a Marcela infinidad de veces y en los sitios más arriesgados: en el parque, en el cine, en el baño de un bar y hasta atrás del camión Gato negro, en claro agradecimiento por habernos juntado. Pero contra toda lógica, Marcela se negaba a mamármela. “Aún no, chiquito, aún no”, me decía con voz chiqueona, mientras empuñaba la Chulota bien fraguada y puntiaguda, como estilete matavacas.

Por esos días comenzó el mitote de la bahía.

Primero, fueron varios sismos de intensidad risible.

Como en Acapulco los temblores son igual de extraordinarios que una ola, nadie le puso mucha atención al asunto. Hasta que una mañana que iba rumbo a la escuela, me puse en la ventanilla del camión para ver, como todos los días, la bahía desde el punto conocido como la Cima. Aquella vista era de mis preferidas porque desde ahí se podían apreciar los recovecos de casi toda la bahía, algo imposible de notar al nivel del mar. Además, los atardeceres, desde esa parte de Acapulco, eran algo bien acá, con la variante de que estabas rodeado por barriadas, avenidas infestadas de basura y muchedumbre sudorosa.

Pero aquella mañana todo cambió. Como les decía, iba en la ventanilla, cuando noté que el mar tenía un color nejo. En un primer momento no sospeché de algo inusual porque a lo largo del año, sobre todo en la época de lluvias, se pueden notar varias tonalidades en las aguas de la bahía. Pero ya que me cayó el veinte, sentí algo muy raro en la panza, como cuando Marcela se ponía la Chulota en el cachete, pero sin chuparla.

El mar se veía oscuro, casi negro. El verde azulado de las aguas había desaparecido. Como si de la noche a la mañana hubieran llenado la bahía de drenaje. Pensé en un derrame de petróleo, pero luego recapacité: en Acapulco no hay petróleo. Entonces supuse que los mierdales, luego de tantos años, habían terminado de cambiar el color del mar. En una foto que ocupó las primeras planas

de diarios y revistas de ese día, se ven miles de personas junto al mar ennegrecido. Algunos, hincados y con las manos al cielo, rezaban. Otros, con la mirada al suelo, sospechaban de la ruina de la ciudad. Pero lo más, que eran pinches mitoteros, observaban la escena sin comprender el problemón que se venía.

Conforme pasaron los días, el tema del mar cobró importancia. Llegaron unos señores de no sé qué país. Se hacían llamar Gladiadores Marinos y comenzaron a protestar en la Costera para exigir que se limpiara la bahía. También pedían que se detuvieran las descargas de aguas negras, pues aseguraron que el drenaje era el causante del cambio de color.

A las protestas, siguieron las inconformidades de bañistas que, con los pies pachichis, se quejaron de infecciones en la piel y enfermedades gastrointestinales, a causa de las oscuras aguas. Los pocos visitantes extranjeros que todavía permanecían en el puerto, afirmaron que en el problema de las aguas había algo de radiactivo y se fueron de la ciudad.

Nunca se comprobó ni lo uno, ni lo otro. Pero el turismo, que no esperó los resultados de los estudios, se fue para no volver.

Los gobernantes, en cambio, se deshicieron en justificaciones de que las aguas acapulqueñas estaban más limpias que nunca y encabezaron chapuzones en las playas. Invirtieron mucho dinero en campañas publicitarias para atraer turismo que nunca llegó. Uno de esos eslogans era “Ven y conoce el lado oscuro de Acapulco”. Lo recuerdo porque pegaron carteles en el Oxxo, junto al de Vikingos y café. Con el paso de los días, los políticos se hicieron ojo de hormiga arriera.

Lo cierto es que, según algunos científicos que examinaron las aguas, la contaminación era la misma de siempre. Peces y moluscos vivían tranquilos dentro del mar. Las olas rompían en la playa como todos los días. Algunos chismosos aseguraron que la espuma se había incrementado, ante la presencia de detergentes. Pero según los expertos, la presencia de esas sustancias era normal, por tanto, no había más ni menos espuma. El único

inconveniente era el color oscuro como de cuajo rancio, el cual sólo se presentaba en la bahía de Acapulco, pero nadie sabía porqué. En cambio, todo el Pacífico seguía como si nada.

Por esos días, los de las revistas del corazón y la prensa amarillosa comieron con manteca. Cualquier rumor o noticia sobre la negrura del mar, les permitía vender miles de ejemplares a la población que esperaba ansiosa el regreso de la vida normal del puerto. Asimismo, todo mundo quería saber qué pasaría con la casa de Luis mi, la de Cantinflas, con la Quebrada y todos esos sitios de telenovela.

En el Oxxo, la venta de esas publicaciones era asombrosa, pero no igual que la venta de agua purificada. Cuando empezó todo el asunto del mar, la gerencia nos informó que el precio del líquido se incrementaría 100 por ciento, según su presentación. Mi parna Benito y yo, le subimos 10 por ciento más y nos hicimos de un buen billullo. Al mes de ocurrido el problema, el agua costaba 200 por ciento más, cifra a la que el parna y yo le subíamos otro 50 por ciento. Aún así, la gente que aún quedaba en la ciudad, compraba sin chistar. La bronca con tantas ventas, era que ya no podía coger con Marcela dentro la bodega. El dinero que me quedaba se fue en moteles para saciar la arrechera. Marcela evitaba ir a mi depa —no íbamos al suyo porque era casada—, pues decía que sólo iría cuando viviera conmigo.

Comenzó una psicosis colectiva contra todo aquello que no estuviera empacado. Pescadores, cebicheros, verduleros y carniceros se declararon en quiebra, cuando sus ventas cayeron como nanche maduro. La gente sólo consumía latas y alimentos empaquetados, ante el temor de una posible contaminación por la negritud marina.

Todo esto ocasionó un éxodo. Pero otros, como Marcela y yo, nos quedamos.

A la par, comenzaron los desmadres en la periferia de la ciudad y la gerencia optó por cerrar varias sucursales instaladas en colonias peligrosas como la Zapata o la Jardín. La empresa reubicó al personal en las tiendas que no cerró, como la mía, instalada

cerca del parque Papagayo, que era el punto donde acampaban cientos de documentalistas, reporteros, organizaciones ecologistas y creyentes del apocalipsis, quienes filmaban series, documentales y películas sobre el fenómeno.

Ese día se terminaron las tranzas que Benito y yo aplicábamos al corte de caja en cada turno porque mi parna se huyó con la cuenta de ese día. Jamás supe de él. Tampoco supe nada de los salarios que me debía la gerencia porque alegó pérdidas millonarias y nos rogó comprensión. Yo aguanté porque era mi *alma mater*.

Una semana después, cuando Marcela llegó al Oxxo con su bolsa ridícula en la mano, imaginé que había cumplido su promesa más reciente: abandonara su marido barrigón y calvo, quien desde hacía años no la tocaba ni con la mirada.

Pero no fue así. Lo único que quería era tiempo aire para su celular, el cual yo no le cobraba.

Días después, luego de echar pata entre los arbustos del parque Papagayo, Marcela dijo algo que me puso a hervir los cachetes: me siento a gusto a tu lado. Voy a dejar a mi marido para irnos juntos.

La abracé bajo aquel árbol de tamarindo y nos fuimos a mi departamento. Ahí cenamos unos Vikingos traídos de la tienda porque ya casi no se vendían ante la fiebre por lo empacado. Sus únicas pertenencias iban dentro de la horrible bolsa. Después de coger como poseídos, dormimos abrazados, a pesar del calorón bárbaro. Del wawis, ni sus luces.

Al día siguiente me despertaron unos berridos de miedo y enloquecidos cláxones de autos. Pensé que se trataba de un incendio o un percance vial. Salí a ver qué había ocurrido y al abrir la puerta, me tallé los ojos para ver bien aquella escena que no olvidaré jamás de los jamases.

Mis vecinos cargaban algunas de sus pertenencias en autos. Otros, en pequeñas maletas. El tráfico de la calle estaba detenido. Salí de la casa y caminé hacia la esquina más próxima, ubicada a

unos 40 pasos. Al llegar ahí miré que la fila de autos llegaba hasta la avenida. La Costera se veía como en sus mejores años de temporada alta. Pero aquello era una huida. De cada vivienda salía gente sus tilichales, como si todos hubieran decidido mudarse el mismo día.

De vuelta al depa, me topé con dos señoras seguidas por sus hijos. “Qué está pasando”, les pregunté.

“Zanca, ¿qué no sabe que vendrá un tsunami?”, respondieron casi a coro. “Nos va a cargar la jodida”, gritó uno de los jovencitos que las acompañaba. Las líneas telefónicas estaban saturadas, eso lo noté cuando quise llamar al gerente del Oxxo para pedirle el dinero que me debía y largarme de ahí. Error, error, error, decía en la pantalla de mi aparato. Ahí sentí un miedalalal de la fregada.

Corrí por Marcela, quien aún dormía con una almohada sobre la cabeza.

Encendí la televisión y en casi todos los canales Acapulco era la noticia principal: el mar había salido de la bahía. Se calculaba que regresaría en cualquier momento en forma de tsunami, por eso la histeria colectiva.

Desperté a Marcela bruscamente y le dije que había alerta de tsunami. Ella abrió los ojos y enchuecó la boca, que en ese momento ya no vi tan bonita. Tenemos que irnos al cerro, le propuse.

Me tomaría mucho tiempo describir todo lo que hicimos para llegar a las partes altas de la ciudad, donde cientos de personas también buscaban salvarse del mentado tsunami que nunca llegó.

Diez horas después, hambrientos y con un miedo de las siete chingadas, bajamos a un Acapulco casi deshabitado. Se veían vehículos abandonados en las calles. También algunas fugas de agua y montones de basura. Casas con las puertas abiertas de par en par. Negocios cerrados o saqueados. El silencio volvía el aire espeso y caliente como el atole de garbanzo.

En la tele y el radio, los científicos daban por hecho que no habría tsunami, pero ahora estaban intrigados porque la bahía estaba totalmente seca. Ahora estaba como el pescado seco: salado

y sin restos de humedad. El teléfono se puso cholenco: a ratos funcionaba a medias y a ratos ni madres.

Bien rajados, Marcela y yo llegamos hasta donde hace unas horas estaba el malecón. La vista era asquerosa. Lo que había sido el fondo marino, ahora era negro y chicloso, como si en vez de agua hubiera guardado chapopote. Además, el lugar era un basurero: llantas, latas, colchones, autos, fierros, botellas y hasta cadáveres entambados, estaban regados por toda la bahía renegrida y seca, que un mes antes fuera el orgullo del Pacífico.

Mucha de la gente que bajó del cerro con nosotros, comenzó a echarse el padrenuestro, a pesar del solazo. Es por la profecía, los mayas tenían razón repetían sin cesar un grupo de gringos jipiosos. Algunos emprendieron la retirada. No faltó quién se uniera a uno u otro contingente. Otros, como Marcela y yo, no teníamos ni puta idea de lo que haríamos. Los documentalistas, reporteros y científicos, grababan todo. En uno de esos videos de aquellos días se ve una pareja con cara de infieles. Somos Marcela y yo.

Marcela comenzó a llorar y creo que fue esa visión, la de no ver el mar, lo que la animó a chuparme la Chulota. Lo cual ocurrió así: luego de ver las condiciones de la bahía, consolé a Marcela con la promesa que fortalece a cualquier mujer en tiempos aciagos: vámonos a Puerto Vallarta a iniciar una vida juntos. Allá tengo un primo que nos puede ayudar. No importa que el mundo se acabe, quiero que el fin del mundo me agarre contigo.

Ella volvió a anegar sus ojos de lágrimas y me dio un beso que me paró la Chulota.

Camino hacia el Oxxo, donde pensábamos tomar algunos víveres, intenté sacar dinero de varios cajeros, pero estaban destruidos, quemados o saqueados. Era obvio que mucha gente había pensado lo mismo que yo: para empezar la vida en otra parte, además de una mujer, se necesitaba dinero. Al llegar a la tienda, vi con horror que estaba cerrada, pero sin cristales: se habían llevado todo.

En eso, se sintió el terremoto. Pero señor terremoto, no pendejadas. El piso se hizo de gelatina y las construcciones comenzaron a

caer como elefantes moribundos. Aquello era de locos. La fachada del Oxxo cedió antes las fuerzas naturales y también cayó cuan grande era. Sólo la bodega se mantuvo en pie.

Nuestra situación se complicaba y se enredó todavía más cuando al caer la tarde, nos quedamos sin cobertura telefónica y sin luz eléctrica. Marcela y yo estábamos varados. Un mes antes, hubiéramos sido la envidia de muchos: atascados en el paradisiaco puerto de Acapulco. Pero ahora, el escenario era apocalíptico.

El destino me sonrió cuando al meter mi dedo a la bolsa secreta de mi pantalón, encontré la llave de la bodega de la tienda. La abrimos sin broncas. Cuando entramos, recordé que en el Oxxo había una planta de luz, gracias a la cual, pasamos una noche con aire acondicionado. Además, ahí también encontramos garrafo-nes de agua, sopas Maruchan e incluso, cerveza.

Bebimos, comimos y nos bañamos. Por conocernos y por la esperanza de comenzar desde cero en Puerto Vallarta. De ahí nos pusimos arrechos. Destapé una cerveza y le echaba chorritos en las tetas, en el cocho, en su cuello. Luego bebía cada gota. Marcela se puso tan caliente como agua pelapollos, tal vez se imaginaba la última cogida de su vida. Tomaba un buche de cerveza y luego me lo vaciaba en la boca. Después metía su lengua como si intentara quebrarme los dientes. Marcela ya estaba como vaca pa' pelar. Tomó la Chulota y me dijo: "ahora sí, papito, vas a saber lo que es una chupada". Primero la frotó con cariño, le daba lengüetazos en la punta. Eso me puso tieso.

Luego se la echó toda a la boca y empezó a chuparla. "¿Te gusta que te la chupe como paleta?", me decía. Yo estaba bizco de placer. Su boca era como la imaginé la primera vez que la vi: suave, tibia y húmeda. Incluso la sentí mejor que su cocho. Entonces comprendí que su boca también estaba hecha para eso. Me vine de forma monumental. Los chorros espesos y calientes se los eché en la cara de Marcela que gemía como moribunda. Fue una venidototota.

Luego de unos minutos para reponerme, le hundí la daga bien sabroso. Echamos pata como Dios manda. La puse chinquee, de

lado, al revés y hasta de balero. Al final, acabamos lacios y felices. Ahora sí, que se acabe todo, pensé antes de quedarme dormido junto a Marcela, ahí, en el piso de la bodega del Oxxo.

Pero el pinche planeta no se acabó. Continuó girando sin prisas. Lo que sí valió madres fue Acapulco. Sin playa, el puerto se volvió igual de atractivo que Apizaco, San Luis de la Paz o Puente de Ixtla. Además, como nunca se aclaró el asunto del mar, a nadie le quedaron ganas de venir. El fantasma de la contaminación y la radioactividad nunca se disiparon. Sólo quedaron edificios destruidos, autos abandonados, calles desiertas y el basurero sobre la bahía seca. La ciudad se convirtió en un puerto fantasma. National Geographic lo llamó el Chernobyl del Pacífico.

Pero ahora ya casi nadie se acuerda de eso. Ni siquiera Marcela, quien me dejó en cuanto llegamos a Puerto Vallarta. Yo sólo recuerdo y la Chulota también, porque guardo con cariño su horrible bolso y porque en Acapulco sentí la venida del fin del mundo.

Balada de Testaferro

Primera edición, 2016

Coedición: Milvoces, S.A. de C.V. / Secretaría de Cultura

© Salvador Paul Medrano Leyva, por el texto

© Shutterstock, por fotografía de portada

D.R. © 2016, Secretaría de Cultura

Dirección General de Publicaciones

Avenida Paseo de la Reforma 175, Col. Cuauhtémoc

C.P. 06500, Ciudad de México

www.cultura.gob.mx

ISBN: 978-607-96012-7-0, Milvoces S.A. de C.V.

ISBN: 978-607-745-472-4, Secretaría de Cultura

Milvoces, S.A. de C.V.

Dirección General: Cecilia Velasco

Edición: Juan Carlos Hidalgo

Coordinación: Pablo Pulido

Diseño: Héctor Montes de Oca

Corrección de estilo: Maricruz Lira

Cozumel 61-4, colonia Roma Norte, Delegación Cuauhtémoc

C. P. 06700. México, CDMX.

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Impreso en México / *Printed in Mexico*



Milvoces

